

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

CITA CON UN FANTASMA

Keith Luger



Colette Jourdan dio una propina al botones del hotel que le había subido las maletas, y éste salió del apartamento.

Colette exhaló un suspiro de satisfacción.

Ya estaba en Londres, aunque, de verdad, no había visto mucho de la gran ciudad del Támesis.

Londres había hecho honor a su fama.

Durante el viaje, desde el aeropuerto, se había ido espesando la niebla.

Sí, aquél era el auténtico puré de guisantes del que tantas veces había oído hablar.

NOTA. Publicado por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 214, en el año 1966.



Keith Luger

Cita con un fantasma

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1433

ePub r1.0

Lds 26.11.18

Título original: *Cita con un fantasma*

Keith Luger, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Colette Jourdan dio una propina al botones del hotel que le había subido las maletas, y éste salió del apartamento.

Colette exhaló un suspiro de satisfacción.

Ya estaba en Londres, aunque, de verdad, no había visto mucho de la gran ciudad del Támesis.

Londres había hecho honor a su fama.

Durante el viaje, desde el aeropuerto, se había ido espesando la niebla.

Sí, aquél era el auténtico puré de guisantes del que tantas veces había oído hablar.

Miró por la ventana.

Como era natural, no vio nada. Sólo niebla.

Eran las seis de la tarde y en París era día, pero en Londres parecía que ya era de noche. De pronto, el teléfono se puso a sonar.

Colette lo descolgó.

—¿Sí?

—Bienvenida, Colette.

—¿Quién llama?

—¿Ya no te acuerdas de mi voz?

—Perdone...

—Soy Jean Savage...

—¡Jean! —exclamó Colette—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí...?

—¿Olvidas que soy periodista...?

—Te hacía en Estocolmo.

—¡Estuve allí hasta hace tres meses! Mi periódico me envió a Londres como corresponsal. Bueno, falta agregar que leo los ecos de sociedad de uno de mis compañeros. Así me pude informar de que

mi primera novia, Colette Jourdan, llegaba hoy a Londres.

—¿Dónde estás, Jean?

—En tu hotel, en el bar. ¿Tienes algún compromiso?

—Todavía no. —Colette consultó el reloj—. Dispongo de una hora.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Te la aceptaré por ser/ni primer novio... Concédeme quince minutos para cambiarme.

—Trato hecho.

Colette colgó y se movió aprisa para que Jean Savage no le esperase más de quince minutos.

Se puso un vestido de cóctel con tirantes y abandonó la habitación.

Jean le salió al encuentro en el bar.

Ella le ofreció su mejilla y él la besó.

—Estos cinco años te han sentado muy bien, Colette.

—¿Ya han pasado cinco años desde que fuimos novios?

—Me descorazonas, Colette. Para mí esos cinco años no han pasado. Es como si fuese ayer, y para ti es una eternidad.

Colette rió.

—Has mejorado tu vocabulario y eso me recuerda que debo felicitarte por tu carrera. He leído muchas veces tus crónicas. Son estupendas.

—Por favor, no hablemos de mi trabajo. Hay otros temas mucho más agradables... Por ejemplo.

Colette había cumplido los veinticuatro años, y era esbelta, morena, muy bonita, de nariz respingona y labios gordezuelos.

Jean estaba por los veintiocho años y era muy alto, moreno, facciones un poco angulosas, pero resultaba atractivo, varonil.

Jean llevó a Colette a una mesa.

Llegó el camarero.

—¿Qué vas a tomar, Colette?

—¿Qué bebías tú?

—Un *whisky*.

—Yo prefiero un martini...

El camarero hizo una inclinación con la cabeza y se marchó.

Jean tomó la diestra de Colette entre las suyas y le sonrió.

—Me he preguntado muchas veces que había sido de ti, Colette.

—Estudié idiomas, secretariado... Me empleé en tres lugares diferentes y al fin conocí a Ben Cavanagh...

—Un lord.

—Sí, lo es, pero a él no le gusta que le llamen lord.

—Imagino que vota por el partido laborista.

—La verdad es que tampoco se mete en política.

—¿Cuándo le conociste, Colette?

—Hace dos meses.

—De modo que fue un flechazo.

—Sí, creo que sí.

—Según leí, te casarás la próxima semana...

—Ben quiso que nos casásemos enseguida, pero le dije que no tenía nada preparado...

—¿Le quieres?

—Sí, desde luego. Si no, no me casaría con él.

—Perdona, pero soy tremendamente celoso.

—No te creo una palabra, Jean.

—¿Por qué no?

—Me engañaste... ¿No lo recuerdas? Era tu novia, pero, al mismo tiempo, tenías otras dos.

—Cosas de chiquillos.

—Siempre dije que yo no compartiría con nadie mi marido.

—Pero no éramos esposos todavía —repuso él sin perder el humor.

—Da igual. Yo no podía consentir eso.

—Sí, recuerdo la escena. No lo podías consentir y me dijiste cosas terribles...

—Lo importante es que tú lo tomaste con deportividad.

—He recordado muchas veces la escena, tú allí, en la puerta de tu casa diciendo con un gesto fiero: «Entérate de una vez, Jean Savage. Hemos terminado. No vuelvas a hablarme en el resto de tu vida». La joven se echó a reír.

—Debí parecerte muy ridícula.

—No, Colette. La verdad es que, cuando me separé de ti, me dije que había hecho el idiota y que no debí jugar con tres mujeres al mismo tiempo. Contigo habría tenido bastante.

—Me honra mucho ese pensamiento. Pero no me enteré.

—No nos pongamos serios.

—Estoy de acuerdo Jean. —Sonrió ella—. ¿Te casaste?

—No.

—Comprendo. Sigues con tus tres novias.

—Aquí no tengo ninguna.

—Eso es porque no habrás tenido tiempo para aclimatarte. —No seas corrosiva, Colette. He cambiado mucho...— Entonces, lo celebro por la futura señora Savage En aquel momento llegó una voz desde la derecha.

—Hola, querida...

Era un hombre rubio de unos treinta años, elegante, buen porte, ojos verdosos. Tenía una sonrisa en los labios y, al hacerlo, se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

—¡Ben...! —dijo Colette.

Él se inclinó sobre ella y la besó entre la nariz y el pómulo.

—Ben, te presento a Jean Savage, un amigo de la infancia... Mi prometido Ben Cavanagh.

—Encantado, señor Savage.

—Enhorabuena, señor Cavanagh.

Los dos se sentaron dejando a Colette en medio.

Ben Cavanagh encargó un *whisky* cuando el camarero trajo el martini de Colette.

—Ben —dijo Colette—. Jean Savage es corresponsal en Londres del diario *Le Matin* de París.

—Lo celebro. Es una profesión que siempre me ha gustado, señor Savage. Si hubiese podido, habría sido periodista.

—Podemos cambiar, señor Cavanagh —dijo Jean al mismo tiempo que miraba a Colette.

—Lo siento, señor Savage —dijo Ben Cavanagh—. Pero no cambiaría a Colette por un periódico. Mi prometida es mucho más sugestiva.

—Opino lo mismo que usted.

Colette comprendió que entre los dos hombres existía mutua antipatía. Acababan de conocerse y ya cambiaban frases de desafío.

Jean apuró el contenido de su *whisky* y se levantó.

—He de marcharme. Todavía no escribí mi crónica de hoy.

—Por favor, señor Savage, no me cite en ella —dijo Ben Cavanagh.

—Puede estar seguro de que no lo haré. Mis temas favoritos son

la política internacional y los hechos sociales del país...

—Te mandaré una invitación para la boda —dijo Colette.

—La espero... Si me necesitas para algo, me hospedo en el hotel Belvedere, habitación 132.

—Permítame que le invite, señor Savage —dijo Ben.

—Como quiera... Gracias.

Jean Savage se alejó de la mesa.

—¿Quién es realmente él? —preguntó Ben Cavanagh a su prometida.

—Ya te lo dije. Un amigo de la infancia.

—Debió ser algo más.

—¿Por qué lo preguntas, Ben?

—Porque observé cómo te miraba el señor Savage.

—¿Y cómo me miraba?

—Con cierta nostalgia.

—Qué tontería...

—Sí, querida. Conozco bien a las personas. Ya sabes que es mi especialidad. Me gusta la psicología. Leo todo cuando se publica con respecto a ella. Ese hombre siente algo por ti. ¿Qué es lo que realmente hubo entre los dos?

—Ben, pareces un fiscal.

—Perdona, pero si te molesta mi pregunta, no la respondas.

—No hay nada que ocultar —repuso Colette sin perder la sonrisa—. Jean y yo fuimos novios.

—Ya supuse algo de eso...

—¿Qué es lo que crees, Ben?

—Oh, nada.

—Fuimos novios cuando yo tenía diecinueve años.

—No eras una chiquilla ni él tampoco lo era.

—No le irás a dar importancia...

—¿Qué hubo entre vosotros?

—¡Ben!

—Perdona, Colette —sonrió Ben Cavanagh—. ¿Qué podía haber? Sólo romanticismo.

Colette se echó a reír.

—Jean era el muchacho que le gustaban a todas las chicas... Salíamos juntos algunas veces, hasta el día que me enteré que me hacía traición... Entonces, decidí ajustarle las cuentas... No lo he

vuelto a ver hasta hoy.

—He sido un tonto.

—Desde luego.

—Te prometo no ocuparme más del señor Savage... Dime, ¿cómo hiciste el viaje?

—Estupendamente. Tomé el avión en París, pasaron unos minutos y me encontré en tu Inglaterra.

—¿Cuáles son tus primeras impresiones?

—En realidad, tendré que esperar a que levantéis el telón para que pueda opinar.

—Comprendo. Esa maldita niebla te estropeó el día. Pero lo importante es que estás aquí, conmigo.

—Sí, Ben.

En aquel momento oyeron a un botones.

—¡Llaman a la señorita Jourdan...! ¡Llaman a la señorita Jourdan...! ¡Cabina número 3...!

—¿Quién puede ser? —preguntó Ben.

—No tengo la menor idea... Oh, sí, quizá sea Jean. Se habrá olvidado algo. No conozco a otra persona en Londres.

Ben hizo un gesto de impaciencia.

—Al parecer, el señor Savage es de los tipos que no renuncian fácilmente.

—Ben, no seas tonto —dijo ella levantándose.

—Está bien. Vuelve pronto.

La joven fue al vestíbulo y se introdujo en la cabina número 3, cuyo teléfono estaba descolgado.

—¿Sí...? —dijo por el micro.

—¿Señorita Jourdan?

—¿Pregunta quizá por Colette Jourdan...?

Colette frunció el entrecejo. Era una voz de mujer.

—Sí. ¿Es usted?

—Desde luego.

—Acaba de llegar a Londres, señorita Jourdan...

—Así es.

—Y su prometido es Ben Cavanagh.

—Sí.

—Señorita Jourdan, tengo que decirle algo muy importante.

—La escucho.

—No debe casarse con Ben.

—No la comprendo.

—Lo he dicho bien claro. No debe casarse con Ben Cavanagh.

—¿Por qué no?

—Sería muy peligroso para usted.

—Oiga, ¿por qué me dice eso...? ¿Quién es usted...?

—Le diré quién soy, señorita Jourdan... Soy la señora Cavanagh.

Colette sintió un escalofrío por la espalda.

—Oh, no... —murmuró.

—Sí, señorita Jourdan... Soy la señora Cavanagh.

—Debe de ser una impostora.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Ben no estuvo casado.

—Sí, estuvo casado.

—No lo entiendo.

—¿No le explicó él eso?

—Es la primera noticia. Pero, de todas formas, sí estuvo casado y se divorció, no creo que usted tenga derecho a oponerse a nuestro matrimonio.

—Nunca me divorcié de Ben Cavanagh, señorita Jourdan.

—¿Qué dice?

—Fui su esposa.

—¿Usted fue su esposa...? Me estoy haciendo un lío. ¿Cómo es posible que fuese su esposa y que lo siga siendo sin haberse divorciado? ¿Es eso lo que trata de decirme?

—Sí, señorita Jourdan. Me casé con Ben y nunca nos divorciamos...

Colette estaba confusa.

—Señora Cavanagh —dijo—, tendrá que explicarme todo este lío.

—Lo sabrá al momento... Señorita Jourdan, soy la difunta señora Cavanagh...

CAPÍTULO II

Colette tuvo la impresión de que le pegaban en la nuca con una maza.

Se apoyó en la pared de la cabina.

—Señora Cavanagh —dijo.

Al otro lado colgaron el auricular.

Colette golpeó en la horquilla.

—¡Señora Cavanagh...!

Pero ya habían interrumpido la comunicación. Colette cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

No, no soñaba. Estaba despierta. Se encontraba en Londres, en una cabina telefónica del hotel en donde se había hospedado.

Pero Ben estaba allí, fuera, esperándola en una mesa.

Colgó la horquilla y salió del recinto.

Ben se levantó de la mesa al ver que se acercaba.

—¿Qué te dijo Jean Savage?

Ella se sentó en la silla y miró con fijeza a los ojos de Ben.

—No era Jean Savage.

—¿No? ¿Quién te llamó entonces?

Colette tragó saliva.

—Tu esposa.

—¿Mi qué...?

—Tu mujer...

Ben esbozó una sonrisa.

—Eso es imposible, querida.

Colette dio un suspiro de alivio.

—Ya lo he imaginado... Ha sido una broma de mal gusto. Pero esa mujer dijo que había sido tu esposa.

Ben se quedó serio.

—Es verdad.

—¿Cómo?

—Quiero decir que estuve casado.

—Ben, ¿por qué no me lo dijiste?

—Te lo iba a contar antes de que nos hubiésemos casado, naturalmente.

Colette bebió un trago de su martini.

—Eh, querida, te vas a marear.

—Creo que lo necesito. ¿Es que no te das cuenta, Ben? Ella me ha hablado.

—Es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque ella está muerta.

—De ninguna manera, Ben... ¡No lo está...! Es una mujer que estaba al otro lado del cable.

—Tranquilízate, querida.

—¡Pero si yo estoy la mar de tranquila! —Casi gritó Colette.

Una señora que estaba en una mesa cercana miró a Colette.

La joven tuvo que forzar una sonrisa.

Ben puso su mano sobre la de Colette.

—Querida, yo soy el culpable. Ahora comprendo que debí hablarte de Sarah.

—¿Sarah?

—Mi esposa.

—Oh, sí, la que me habló.

—No te pudo hablar, Colette. Te lo he dicho ya. Murió.

—¿Cuándo murió?

—Hace dos años.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Yo estuve en el entierro.

Murió en mi casa... Estuve velando su cadáver toda la noche. La enterramos al día siguiente.

—¿Estás seguro de que la enterrasteis?

—Colette...

—Lo siento, Ben, pero no estaba preparada para oír a una muerta.

—Querida, Sarah no te ha podido hablar. Te repito que descansa en el cementerio, y los muertos no andan.

—Sí. Yo nunca creí en las fábulas que se cuentan sobre los resucitados. Pero te aseguro que ella me habló.

—Ha sido una impostora...

Colette se quedó con la boca abierta.

—Caramba, es cierto. Ningún muerto sale de su tumba para hablar.

—Naturalmente, Colette.

—Pero ¿quién es la impostora?

—No lo sé.

—Está claro. Es alguien que está enamorada de usted comprendes, ¿Ben? Ella te quiere... Y no está dispuesta a que yo me convierta en la señora Cavanagh. Teniendo en cuenta esa finalidad debes tener más posibilidades para identificarla.

Ben se quedó pensativo unos instantes.

Colette respetó su silencio.

Finalmente, Ben dejó la mano sobre la mesa y dijo:

—No, no puedo conceder ese papel a ninguna mujer que conozco.

—Pues es una de ellas.

—No te preocupes.

—¿Crees tú que no debo hacerlo?

—Es lo que dijiste antes, una broma de mal gusto. Sólo eso. Será mejor que lo olvidemos. No se volverá a repetir.

—Háblame de Sarah.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito.

—Preferiría no hablar de ello.

¿No te das cuenta, Ben? Nos conocimos... Me enamoré de ti y, según dices, te enamoraste de mí.

—¿Acaso tienes alguna duda? —sonrió Ben—. Estoy loco por ti.

—Pero no me dijiste que estabas casado, y ahora resulta que existe una difunta esposa.

Ben sacudió la cabeza.

—Está bien, te hablaré de Sarah.

—¿Quién era ella?

Los ojos de Ben se perdieron a lo lejos, en un punto situado entre la cabeza y el hombro de Colette.

—Sarah era una mujer muy hermosa y bella... Algo muy distinto

a las demás mujeres.

Me enamoré perdidamente de ella.

—¿Dónde la conociste?

—Todo ocurrió de una forma extraña... El coche en que yo viajaba dio una vuelta de campana, me fracturé dos costillas y me llevaron a un hospital... El accidente ocurrió cerca de Edimburgo... En el hospital encontré a Sarah, era enfermera. Creo que me enamoré nada más verla. Lo siento, querida.

—No tiene importancia. Continúa.

—Nos casamos un mes más tarde. Pasamos la luna de miel en tu país, en la Riviera, y fuimos muy felices. Volvimos a Londres y, apenas llegamos, ella cayó enferma. Tenía frecuentes jaquecas... El doctor que la asistió me dio su diagnóstico. Sarah estaba aquejada de un tumor cerebral... No quise creerlo. Consulté al mejor especialista, pero él confirmó lo del tumor. Había que operar a Sarah. Sólo existía una posibilidad entre mil de que se salvase. El tumor era maligno. Pensé que debía ser leal con Sarah. Se lo dije. Entonces, ella se negó a ser operada. Traté de convencerla, pero fue inútil... Murió cuando sólo habían transcurrido cuatro meses desde nuestro matrimonio.

Ben quedó en suspenso.

—Debiste sufrir mucho —dijo Colette con voz emocionada.

El trató de sonreír.

—Sí, Colette. Deseé morirme. Pensé que, para mí, la vida ya no tenía objeto. Sí, lo pensé hasta que te conocí. Entonces, comprendí que podía encontrar de nuevo la felicidad. Que tú me la podías proporcionar.

La voz de Ben se había hecho ronca y su cara estaba muy triste.

—Tienes que perdonarme, Ben —sonrió Colette.

—¿Por qué?

—Por haber despertado en ti, esos recuerdos.

—No tiene importancia.

—Tú tenías razón, Ben. Esa mujer me quiso gastar una broma, aunque haya dejado en muy mal lugar vuestro famoso humor británico.

—Sí, Colette... Anda, salgamos de aquí.

—¿A dónde me llevas?

—A cenar a un restaurante que te gustará.

—De acuerdo, Ben.

Viajaron en el «Jaguar» que conducía el propio Ben.

¡El restaurante se llamaba La Posada de los Tres Caballos!

Estaba en una calle estrecha.

Colette quedó asombrada porque, al verse en el interior, se creyó trasladada al siglo XVII. La decoración, el mobiliario, todos los detalles, estaban en consonancia con aquella época. Hasta los empleados vestían los trajes correspondientes.

Ocuparon una mesa iluminada por un candelabro.

—¿Te gusta? —dijo Ben Cavanagh.

—Sí, mucho.

—Comeremos también como lo hacían mis antepasados en el año mil seiscientos cincuenta.

Ben encargó el menú de nombre raros que a Colette no indicó nada.

—Perdona, Colette, no te pregunté por tu hermana. ¿Está bien?

—Sí. Siempre atareada con sus cinco hijos.

Era el único familiar de Colette.

Su hermana Isabelle y ella había vivido juntas desde que cinco años atrás murió su padre. En cuanto a la madre, había muerto mucho antes.

Isabelle se había casado con un funcionario del Ministerio de Sanidad.

—¿Vendrá ella a la boda? —preguntó Ben.

—No puede. Ella hubiese querido, pero habría tenido que dejar a los niños en manos de una persona extraña. Son muy pequeños. Ya le dije que no debía preocuparse... Le prometí que al día siguiente de casarnos pasaríamos por París.

—¿Por París?

—¿Te contraría?

—Bueno, la verdad es que había pensado que pasásemos nuestra luna de miel en Escocia.

—Ben, me dijiste que iríamos a la Riviera.

Colette vio como Ben palidecía.

—Claro, no quieres ir a la Riviera porque te recordaría a Sarah.

—No, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Sólo que prefiero Escocia.

—Pero, Ben, tú dijiste que te gustaba mucho la Costa Azul, Niza, Montecarlo...

—No recuerdo haberte dicho eso —repuso él con acritud.

—Claro que lo dijiste, Ben. Fue una noche que salimos a cenar en París.

—Entonces, lo habré olvidado —exclamó Ben.

—¿Por qué te enfadas?

Él sonrió e, inclinándose sobre ella, la besó en la punta de la nariz.

—Disculpa, Colette... Si tú quieres que vayamos a la Costa Azul, no hay más que hablar...

—Ben, no quiero que cambies tus planes si ya los has hecho.

—Te repito que iremos a la Costa Azul.

El camarero trajo los primeros platos.

Colette los encontró muy apetitosos.

—Es una buena cocina, Ben. Tan buena como la francesa. Tendrás que pedirle la receta al cocinero...

Me temo que no te la darán. Forma parte del secreto de la casa.

En aquel momento se acercó uno de los empleados.

—Perdón, ¿señorita Jourdan?

—Sí, yo soy.

—Hay una llamada telefónica para usted.

—¿Para mí?

—Por favor, la cabina está en la entrada...

—Sí, gracias —dijo Colette mientras el camarero se retiraba.

Miró a Ben.

—¿Quién puede saber que estamos aquí?

—Lo mismo digo yo.

—Es absurdo.

—Está claro que debe de ser otra vez esa mujer...

—Déjame, iré yo —dijo Ben.

—No, Ben, quiero hablar con ella —repuso Colette levantándose. Antes de que él dijese algo más, la joven echó a andar hacia el vestíbulo del restaurante.

Vio la cabina cuya puerta estaba entornada. Se metió dentro.

Sin embargo, antes de tomar el teléfono, quedó inmóvil, sintiendo que estaba fría como el hielo.

—¿Sí? —preguntó al fin.

—Soy yo, la señora Cavanagh... Sólo quería preguntarle si va a seguir mi consejo de no casarse con mi esposo...

—Su broma es de muy mal gusto, sea quien sea usted...

—¿Cree que se trata de eso? ¿De una broma?

—No tengo la menor duda... Usted no es la señora Cavanagh... Ella murió hace dos años...

—Sí, es cierto.

—No me diga que ha salido de su tumba, señora Cavanagh, porque quiere impedir que su marido se vuelva a casar...

—No, ése no es el verdadero motivo... Lo que quiero es impedir que la maten a usted, señorita Jourdan. Evitar que la asesinen como me asesinaron a mí...

CAPÍTULO III

Colette se había quedado sin habla.

—¿Sigue ahí, señorita Jourdan? —Oyó la voz de la señora Cavanagh.

—Sí, desde luego. Y no sé por qué continúo. Ya debería haber colgado. Lo voy a hacer ahora mismo.

—No, señorita Jourdan. No cuelgue. Estoy tratando de salvarla.

—¿Salvarme?

—¿Es que no lo ha entendido? Él la va a matar. Ben Cavanagh.

—No le creo una palabra...

—Será mejor que me crea porque es su vida la que está en juego...

—¿Sabe lo que es usted? Una embustera, una calumniadora... Sólo pretende que me aparte de Ben para dejarle el campo libre. Ya me he dado cuenta de su juego. Usted está enamorada de Ben.

—No, señorita Jourdan, se equivoca, ya no estoy enamorada de él. Lo estuve hace dos años. Antes de que él me matase.

—Por favor, calle... No quiero seguir escuchándola...

—Señorita Jourdan, sé que resulta muy difícil comprender... Pero le aseguro que le estoy diciendo la verdad. El la matará como me mató a mí.

—Usted murió de enfermedad.

—¿Le dijo él eso?

—Sí.

—¿De qué enfermedad, señorita Jourdan?

—De un tumor.

—Una sucia mentira.

Colette pensó que estaba viviendo una pesadilla.

—Oiga, no puedo creerlo... Me parece estúpido seguir

escuchándola cuando usted asegura que es una muerta. ¿Sabe lo que pienso ahora? Que está loca. Eso es. Usted está demente... Pero le voy a rogar una cosa, olvídense de mí...

—Un momento, señorita Jourdan.

—No le escucharé una palabra más.

—Pregúntele a él qué doctor me asistió. Pregúntele también al doctor. Le desafío a que lo compruebe.

—No haré ninguna comprobación. No la necesito —dijo Colette y colgó.

Al acercarse a la mesa, Ben se levantó.

—¿Qué te pasa, Colette?

—Nada.

—¿Era otra vez ella?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—¿Por qué no lo olvidamos, Ben...?

—Me disgusta todo esto.

—¿Crees que a mí no?

Oh, sí, desde luego.

Continuaron comiendo, pero Colette dejó su cubierto sobre el plato.

—Perdí el apetito —dijo.

—¿Qué prefieres, el cine o el teatro?

—Si no te molesta, volveré al hotel... Estoy cansada.

—Está bien, como quieras.

Cuando entraron en el hotel ella le tendió la mano.

—Hasta mañana, Ben.

—¿Nos vamos a despedir así?

—Cuando haya dormido un poco, me encontraré un poco mejor. De verdad, Ben. Ahora necesito estar sola.

—Te llamaré mañana a las diez. Quiero que conozcas la casa en donde vamos a vivir.

—Sí, Ben. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Él se inclinó y la besó en la comisura de los labios. Luego, Colette dio media vuelta y se dirigió hacia el ascensor.

Cuando entró en su dormitorio se apoyó en la puerta que tenía a sus espaldas y cerró los ojos.

Sí, era verdad lo que le había dicho a Ben. Estaba cansada, muy cansada. Pero no tenía por qué estarlo. El viaje había sido corto y cómodo. Era aquella extraña mujer que le había hablado ya dos veces por teléfono.

Tenía que ser una demente. No podía ser otra cosa. Pero ¿por qué la había tomado con ella? ¿Y cómo supo encontrarla en el hotel? Y sobre todo, ¿cómo supo hallarla en aquel restaurante La Posada de los Tres Caballos, adónde Ben la había llevado a cenar? Era absurdo. No ligaban las dos cosas.

Pensó que Ben habría llevado a su mujer Sarah al mismo restaurante. Sí, era lógico puesto que a él le gustaba.

¿Qué tontería estaba pensando? Sarah estaba muerta. No podía salir de su tumba para telefonarle.

Se puso el camisón y encendió un cigarrillo frente al espejo.

Mirando su imagen oyó su voz interior:

«Debes calmarte, Colette. Esa persona que te llamó por teléfono dos veces, la que dice llamarse Sarah Cavanagh, sólo es una mujer de cerebro tortuoso. Por alguna razón, quiere hacerte daño y quizá hacerle daño a Ben también. Te enamoraste de Ben y no debes permitir que una cosa tan estúpida os separe. ¿No te ha contado él toda la verdad? ¿No ha admitido que estuvo casado con Sarah? ¿Y por qué no te lo contó antes? Bueno, tiene una explicación. No te lo dijo porque era una historia muy triste. También admitió haber estado enamorado de Sarah. Entre los dos debió haber existido un gran amor. Luego, ella murió...».

De pronto, sonó el timbre del teléfono.

Colette lanzó un grito.

Miró el teléfono que seguía sonando.

No, no lo cogería. Era otra vez ella. Aquella mujer.

No quería escucharla. No la escucharía.

¿Y si no era ella?

¿Y si se trataba de Ben?

Naturalmente, debía de ser él. Su despedida había dejado mucho que desear.

Alargó la mano sintiéndose estremecer. Deseó con todas sus fuerzas que fuese él. Cerró los ojos.

—Diga.

Oyó una respiración a la otra parte.

—¡Diga! —repitió.

—¿Le preguntó por el doctor?

Era ella.

—¡No, no le pregunté por el doctor! ¡Ni le hice ninguna pregunta!

—Es una pena, señorita Jourdan...

—¿Por qué me acosa? ¿Por qué insiste? Ya le he dicho que no quiero hablar con usted.

¿Qué es lo que pretende?

—Salvarle la vida.

—No necesito que me salve la vida. No estoy en peligro.

—Es lo que usted cree. El la matará.

—No está en su sano juicio. Ben me quiere, no me matará...

De la otra parte le llegó una carcajada.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se ríe?

Aquella mujer seguía riendo y lo hacía con un tono histérico.

—He acertado —dijo Colette—. Está usted loca. ¿Lo oye bien? ¡Está loca...!

—No, señorita Jourdan. No lo estoy. Sólo estoy muerta. Ya se lo dije.

—Oiga, quiero que deje de llamarme. Elija usted a otra víctima.

—No puedo.

—¿Por qué me eligió a mí?

—Porque es usted la prometida de Ben Cavanagh y no quiero que le pase lo mismo que a mí. Ben debe ser desenmascarado. Usted tiene la obligación de ayudarme. —¿Yo?

—Sí, usted, señorita Jourdan. Está en las mejores condiciones que nadie para hacerlo.

—Óigame, de una vez por todas. No haré nada... Quiero a Ben. Estoy enamorada de él.

¿Lo oye usted bien? Me voy a casar con él y seremos muy felices.

—No, señorita Jourdan. Su felicidad no durará mucho porque la matará.

—Soy yo ahora la que debía reír.

—Sin embargo, no se ríe, señorita Jourdan. Y yo sé por qué. Empieza a creerme.

—¡No!

—Sí, empieza a creermelo... Pero usted necesita convencerse del todo. Yo le daré unas instrucciones que debe de seguir al pie de la letra.

—No lo haga.

—Debe interrogarle. Cerciorarse de todo lo que se refiere a mí.

—Ya sé todo lo que se refiere a usted.

—¿Qué es lo que sabe?

—Usted era una enfermera de un hospital cerca de Edimburgo, adonde llevaron a Ben cuando sufrió un accidente.

—Es falso.

—¿Cómo?

—Yo no era enfermera. Es cierto que me conoció en Edimburgo pero trabajaba en una librería.

—Oh, no, usted se equivoca. Era una enfermera.

—Le he dicho que usted puede hacer las comparaciones. Mi nombre de soltera era Sarah Coward... Trabajé en la librería Pearson, en Edimburgo, calle Dickens, número 189.

Mi patrón se llama John Arliss, continúa allí. Puede usted llamar ahora mismo.

—Ese negocio estará cerrado a estas horas.

—Sí, está cerrado, pero el señor Arliss atenderá la llamada. Vive allí. Hágalo, señorita Jourdan. Yo la volveré a llamar.

—¡No me vuelva a llamar!

—Hasta luego, señorita Jourdan.

Otra vez se interrumpió la comunicación y Colette dejó el auricular.

El cigarrillo se había casi consumido en el cenicero.

Tomó la punta y encendió otro.

¿Por qué le tenía que pasar aquello? Era absurdo.

Horas antes viajaba en avión hacia Inglaterra y, se decía que iba camino de su felicidad.

Había bastado un poco de tiempo para que todo cambiase.

Pero ¿por qué iba a cambiar? ¿Es que iba a tener en cuenta lo que le dijese una perturbada?

Pero ¿por qué Ben le había mentado? ¿Por qué le había dicho que Sarah era una enfermera cuando su difunta mujer trabajaba en aquella librería?

Sin darse cuenta, había descolgado el teléfono.

¿Es que iba a poner en tela de juicio las palabras de Ben?

Bueno, sólo se trataba de una pequeña verificación.

Después de todo, si no lo hacía, no dormiría tranquila. Naturalmente, John Arliss no existiría. Ni tampoco existiría aquella librería de la calle Dickens, en Edimburgo.

Pidió información y dijo la persona con quien tenía que hablar en Edimburgo.

Pasaron unos segundos y oyó un zumbido en la otra parte.

Sintió cómo su cuerpo temblaba, porque eso quería decir que John Arliss realmente existía.

Seguía sonando el timbre.

Al fin descolgaron.

—John Arliss.

—¿Habló con el dueño de la librería de la calle Dickens?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Usted no me conoce, señor Arliss... Quería preguntarle sobre Sarah Coward... —¿Sarah? No sé qué preguntas quiere hacerme. Se casó y, bueno, luego me enteré de que murió.

—Perdone, señor Arliss. Pero ¿está seguro de que trabajaba para usted?

—Claro que trabajaba para mí. ¿Cómo quiere que no conozca a una empleada mía?

—¿Cómo era Sarah Coward?

—Muy bonita y eficiente. Sentí mucho que se casase porque se despidió. Era una muchacha que estaba interesada en todo lo referente a la literatura moderna... La mayor parte de mis clientes reciben los libros en casa. En cambio, cuando Sarah estaba aquí, preferían pasar por el negocio para hacer sus compras. Sí, Sarah era una mujer con mucho atractivo femenino... Sentí mucho su muerte.

—Señor Arliss, ¿sabe usted con quién se casó?

—Con un tal Cavanagh.

Colette cerró los ojos y se apretó las sienes con la mano.

—Señor Arliss, una última pregunta... ¿De qué murió Sarah Coward?

—Disculpe, pero eso no lo sé. Imagino que moriría de alguna enfermedad. ¿A qué viene ese interrogatorio, señorita?

—No tiene importancia... Gracias —dijo Colette, y colgó.

Se quedó anonadada.

Ben la había engañado.

Aquella mujer, la desconocida tenía razón, pero ¿era realmente una desconocida? Oh, no, no podía ser Sarah Coward. Ella estaba muerta. El propio Arliss, que había sido su jefe, lo había dicho. Sarah había muerto, aunque no sabía de qué enfermedad.

Otra vez sonó el teléfono y dio un salto en la silla, a pesar de que lo había estado esperando.

Descolgó.

—Señorita Jourdan... —Oyó la voz femenina—. ¿Ha hecho ya la comprobación...?

—Hablé con John Arliss.

—Ha sido usted muy amable al darme crédito. Ahora ya estará convencida de que no le miento. Tiene que ayudarme...

—No, no pienso hacerlo.

—¿Todavía cree en Ben Cavanagh?

—Sí.

—¿A pesar de que le ha engañado?

—Usted puede ser la que miente.

—¿Por qué dice eso?

—Le ha sido fácil montar su comedia, señora Cavanagh...

—¿Lo ve? ¿Ya me llama señora Cavanagh?

—Tengo que llamarla de alguna forma. Y provisionalmente, ya que no quiere darme su nombre, la llamaré así.

—No me importa su motivo. A mí me satisface.

—John Arliss es un cómplice suyo. Confiéselo.

—No, no lo es. Ya le dije que John Arliss fue mi patrón en la librería donde yo trabajaba cuando conocí al hombre que ahora es su prometido.

—Voy a suponer que todo lo que me dice es verdad. Voy a admitir el absurdo de que usted murió y de que ha salido de la tumba para hablar conmigo.

—Es usted muy amable.

—No me interrumpa ahora, señora Cavanagh. —Continúe.

—Usted niega también haber muerto de un tumor cerebral.

—Así es.

—¿De qué murió, señora Cavanagh?

—Envenenada.

—¿Cómo?

—Sí, ésa fue la clase de muerte que me reservó Ben Cavanagh.
Me envenenó con arsénico.

CAPÍTULO IV

Colette se había quedado sin habla.

—Esto es inverosímil, señora Cavanagh.

—¿Por qué le resulta inverosímil?

—Ben habría cometido un asesinato.

—Es lo que hizo. Cometer un crimen frío y despiadado.

—No puede hacerme admitir eso. ¿Lo oye bien? Debió ser asistida por un doctor durante su enfermedad.

—No hubo tal enfermedad. Quiero decir que lo único que sufrí fueron las consecuencias del veneno que él me sirvió con un vaso de leche.

—Pero ¿y el doctor...? Tuvo que asistirle un médico.

—Sí, pero cuando él llegó, ya era demasiado tarde. Era el doctor Ernest Lawton, amigo de Ben... Se limitó a firmar el certificado de defunción.

—¿Cuál fue el motivo aparente de su muerte? —preguntó Colette y se asombró de que ella dijese eso porque era como admitir que estuviese dialogando con un fantasma.

—Un síncope.

—Le haré otra pregunta y es la más importante de todas, señora Cavanagh.

—Muy bien. Adelante.

—¿Por qué quería matarla, Ben?

—Se lo diré, señorita Jourdan —su interlocutora hizo una pausa—. Porque Ben está loco.

—¿Qué?

—Porque Ben está loco —repitió.

—¡Es una vil calumnia! ¡Ben es un hombre normal!

—Usted lo considera normal porque hasta ahora sólo lo vio

como un enamorado. Sí, conozco bien a Ben y sé hasta dónde puede llegar con su palabrería, con su refinada educación. Pero todo eso es una máscara... Sólo interpreta un papel, señorita Jourdan. Habría sido un gran comediante. En un momento determinado, si usted se casa con él, descubrirá su verdadera condición. Es un perturbado, un esquizofrénico.

—¡No!

—Sí, lo es, señorita Jourdan. Siento destruir sus sueños, sus ilusiones, pero el hombre que se quiere casar con usted es un loco... Por fortuna, usted está en mejores condiciones que yo para salvar su vida, para impedir que ese perturbado la mate... Yo estoy dispuesta a tenderle una mano...

—Ya le dije que no necesitaba su ayuda. Se lo repetí. Debí dejarme en paz. No quiero oírla más... Usted es una malvada. Sólo persigue un fin, que yo abandone a Ben. Y yo sé por qué... Usted es una mujer enamorada de Ben. Lo quiere para usted... Soy su enemiga, su rival, y necesita apartarme del lado de Ben apelando a toda clase de medios. Por eso no ha vacilado en utilizar éste. Pero su comportamiento es inhumano... Entérese de una vez... ¡Inhumano!

Colette colgó de golpe.

Apoyó las manos en las rodillas permaneciendo inclinada hacia delante, mientras respiraba entre jadeos.

Nunca en la vida se había encontrado tan agotada, como si acabase de subir la empinada escalera que conducía a la casa de su amiga Sibyle, en París.

Fue a la cama y se echó apoyando la cabeza en la almohada.

Deseó con todas sus fuerzas estar durmiendo y despertar en el apartamento de su hermana.

Cerró los ojos, y permaneció así un rato.

Por fin, los volvió a abrir.

Pero seguía allí, en aquella habitación del hotel.

No había ninguna duda. Estaba en Londres y no en París. Y todo lo que le pasaba era real y no un sueño.

De repente, sonó una vez más el teléfono.

Colette apretó los dientes y se cubrió los oídos con las manos.

No, no quería escucharlo. No atendería la llamada.

¿Por qué no?

Al fin y al cabo, aún tenía que decirle algunas cosas a aquella

mujer.

Sí, necesitaba desahogarse un poco más.

La mandaría al infierno, o le diría de una vez por todas que volviese a su ataúd porque a ella la traían sin cuidado los problemas de los muertos.

Se levantó de la cama y atrapó el auricular.

—¿Qué quiere ahora?

—Querida, soy Ben.

Colette quedó inmóvil.

—Creí que era ella...

—Oh, ya sé. Te refieres a esa mujer. Te ha vuelto a llamar.

—Sí.

—¿Qué quería esta vez?

—No le di tiempo para hablar —mintió Colette—. Colgué apenas oí su voz.

—Al parecer, no te va a dejar en paz.

—Espero que no vuelva a interponerse de nuevo... Tengo sueño, Ben...

—Te dejo. Sólo quería informarme de que te encontrabas bien.

—Estoy perfectamente, Ben. —Lo celebro. Hasta mañana.

Colette colgó de nuevo.

¿Por qué no se había sincerado con Ben? Oh, no, eso era absurdo.

«¿Qué le habrías dicho, Colette? ¿Qué te ha mentido? ¿Qué Sarah no era una enfermera, sino la dependienta de una librería? ¿Que es falso lo que te contó respecto a que Sarah murió de un tumor cerebral? ¿Qué Sarah murió envenenada por él?».

Tenía que dormir, descansar.

Las ideas danzaban en su cabeza.

Un poco más y tendría una jaqueca terrible.

Se acostó en la cama pero no apagó la luz.

Tenía miedo de dormir a oscuras.

Al poco rato, logró conciliar el sueño.

* * *

Colette despertó y consultó su reloj.

Eran las nueve de la mañana.

Era increíble que hubiese podido dormir de un tirón.

No recordaba haber soñado nada.

Había sido magnífico.

Se levantó y fue hacia la ventana.

¿Cómo podía asegurar que era de día?

Londres continuaba sumergido en su puré de guisantes.

Tomó un baño caliente y se estaba vistiendo cuando oyó que llamaban a la puerta. Se estremeció pensando en Sarah Cavanagh.

¿Y si era ella?

Oh, no, los muertos sólo salían de noche.

¿Por qué pensaba aquellas tonterías?

—¿Quién es? —dijo acercándose a la puerta.

—Tu novio.

Se apresuró a abrir pero en el hueco sólo vio a Jean Savage.

—Caramba, parece que te he decepcionado mucho.

—Has dicho que eras mi novio.

—Bueno, me faltó aclarar que fui el primero.

—¿A qué has venido, Jean?

—¿A qué va a ser? A invitarte a desayunar. Yo aún no me acosté.

—¿Por qué no?

—¿No sabes que los periodistas no dormimos de noche?

—Entonces, es mejor que te vayas a la cama.

—No. Prefiero estar contigo, si Ben Cavanagh te deja.

—Dijo que vendría a las diez.

—Entonces, casi contamos con cincuenta minutos... Anda, date prisa.

Colette sonrió. Pensó que Jean Savage era como un bálsamo para sus heridas. Sí, ahora que recordaba la tarde anterior, pensó que era como si hubiese peleado en un campo de batalla.

—Aceptado, Jean —contestó.

Fueron al restaurante del hotel y ocuparon una mesa.

La conversación de Jean fue muy amena. Jean le contó un montón de anécdotas de su estancia en Suecia.

En un momento determinado, ella quedó como ensimismada porque estaba pensando otra vez en Ben Cavanagh y en su difunta esposa Sarah.

—¿Qué te pasa, Colette?

—¿A mí? ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te veo preocupada.

—Sólo lo estoy un poco.

—¿Es por Ben Cavanagh?

—Eres un preguntón. No puedes disimular esa mala costumbre que tenéis los periodistas de meteros en la vida de las personas.

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno.

—Vamos, Colette, te conozco desde hace tiempo. Sé que tienes complicaciones. Me lo dicen tus ojos. Y será mejor que confíes en tu primer novio.

—No sería correcto.

—¿Por qué no?

—Tengo la impresión de que traicionaría un poco a Ben.

—No seas chiquilla. No te he pedido que pases una noche en mi apartamento.

Colette enrojeció las mejillas.

—Si me lo pidieses, te tiraría un plato a la cabeza.

—Casi vale la pena que me arriesgue —sonrió él—. Ahora en serio. Dime, ¿qué te pasa?

Colette se tomó unos segundos para encender un cigarrillo del paquete de Jean.

Mientras arrojaba dos chorros de humo por la nariz inquirió:

—¿Crees que los muertos pueden salir de sus tumbas?

—Cariño, vivimos en la segunda mitad del siglo xx. Se supone que tengo una cultura, unos estudios, unos principios...

—Muy bien. Anoche me habló una muerta.

—¡Colette!

—¿Verdad que te parece imposible?

—Teniendo en cuenta que tu prometido es un lord, quizá te ha presentado a algunos miembros de su familia, me refiero a sus antepasados.

—No bromees.

—Pero, Colette, ¿cuál de los dos está bromeando?

—Era la mujer de Ben.

—Vaya, tenemos a un Landrú. Está casado y quiere convertirme en su mujer.

—No seas tonto. Su mujer murió.

Jean parpadeó.

—Ahora lo comprendo. La mujer que te habló era la difunta señora Cavanagh.

—Sí.

—¿Y qué tal es...? ¿Guapa...? ¿Conserva su atractivo o la tumba le sentó mal...?

—No la vi personalmente. Me habló por teléfono. Y varias veces...

—Estos muertos ingleses no respetan nada. —Jean dio un suspiro—. Debe ser la tradición.

—Me tomas por loca.

—No, pero alguien debe estarlo. Probablemente soy yo —repuso Jean.

—Me dijo algo horrible.

—¿Que te iba a poner sus cadenas alrededor del cuello?

—Jean, eres un informal.

—Perdona. Anda, repite lo que ella te dijo.

—Que murió envenenada.

—¿En la Torre de Londres?

—No. En su domicilio conyugal... La envenenó Ben con arsénico...

Jean encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Ese Ben Cavanagh es un tipo interesante.

—Jean, ¿es que no te das cuenta...? No puedo creer en eso. Ben es un hombre bueno. —Claro, y los muertos no hablan por teléfono. Ni siquiera lo hacen cuando son asesinados con arsénico... Pero se me ocurre una cosa, consultar con una pitonisa.

—Ya estoy arrepentida de haberte hablado.

—Perdona, Colette —dijo Jean cogiendo sus manos entre las suyas—. No puedo tomarme en serio las cosas que se refieren a los difuntos. No lo puedo remediar.

He escuchado leyendas encantadoras acerca de aparecidos, pero mi escepticismo me convierte en el peor oyente sobre la materia... Pero, dime, ¿cómo se llamaba la primera mujer de Ben?

—Sarah Coward.

—¿Qué más sabes de ella?

—Trabajaba en una librería, en Edimburgo, en la de John Arliss. Hablé con él anoche. —Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que Sarah Coward trabajaba allí, y eso está en contradicción con lo que me contó Ben. Dijo que Sarah estaba en un hospital de enfermera, cerca de Edimburgo. Fue donde la conoció.

—Demonios, parece que los muertos, de vez en cuando tienen razón.

—Tengo miedo, Jean...

—Bravo por mi pequeña Colette. Ya tengo la solución.

—¿Sí...?

—Ahora mismo te acompaño al aeropuerto y te dejo en el avión que te llevará a París. Me reuniré contigo el viernes por la tarde y juntos daremos un paseo junto al Sena.

—No seas chiquillo.

—¿No crees que es la mejor manera de terminar con tu miedo?

—En absoluto. No lo es. Ten en cuenta que vine aquí para casarme con Ben Cavanagh.

—Sí, es verdad, pero ahora resulta que a su difunta esposa no le gusta la idea.

—Calla, Jean.

Savage siguió la mirada de la joven.

Vio a Ben Cavanagh que entraba en el restaurante y que venía hacia ellos.

—¿Quieres que le ajuste las cuentas, Colette? —dijo el periodista.

—Te prohíbo que hables del tema, Jean.

—No puedo dejarte con el envenenador.

—No sabemos nada de eso... Si te necesito, te llamaré al hotel.

Ya no hubo oportunidad para que dijese una palabra más porque Ben Cavanagh estaba cerca.

Tenía una sonrisa en los labios. —Buenos días, querida— dijo.

—Hola, Ben.

—¿Pasaste una buena noche?

—Estupenda.

Jean se pasó una mano por la cara y sonrió divertidamente a la joven.

—Señor Savage —dijo Ben—. Para ser periodista, es usted muy madrugador...

—Quería preguntar a Colette por los antiguos amigos...

—Pero ya terminamos —intervino Colette.

—¿Quiere tomar algo, señor Cavanagh? —preguntó Jean.

—No, gracias, señor Savage. ¿Nos vamos ya, querida?

—Sí, Ben... Hasta la vista, Jean.

—Ya nos reuniremos para seguir hablando de París.

—Desde luego.

Ben hizo un saludo a Savage, y, después de tomar a la joven por el brazo, los dos se dirigieron a la calle.

Cuando se encontraron en el «Jaguar», Colette preguntó:

—¿A dónde vamos, Ben?

—¿Es que lo has olvidado? A mi casa.

Colette sintió que se estremecía de la cabeza a los pies.

Iba a la casa de Ben, donde Sarah había muerto.

CAPÍTULO V

El aspecto exterior de la casa era lo que Colette había imaginado.

—¿Cuándo fue construida, Ben? —preguntó cuándo bajaron del coche.

—Hace cuatro siglos, pero ha sido modernizada tres o cuatro veces.

Había un pequeño jardín con verja.

Colette dirigió una mirada a su alrededor.

El jardín no estaba cuidado. La maleza crecía por todas partes.

Sintió un escalofrío al ver al fondo cuatro cipreses.

Ben había subido la escalera y la estaba invitando con la mano.

—Acércate, querida.

La joven fue a su lado y entonces Ben sacó el llavero y abrió la pesada puerta.

Entraron en la casa.

En el vestíbulo había dos cuadros de personajes isabelinos.

Al fondo estaba la escalera y a cada lado, había una armadura.

Oyeron unos pasos por la izquierda y apareció un hombre calvo, de mejillas chupadas.

Colette estuvo a punto de lanzar un grito porque aquel hombre, le recordaba a los mayordomos de los filmes de terror.

—Chester —dijo Ben—. Te presento a la futura *lady* Cavanagh.

—Bienvenida, señora...

—Gracias, Chester.

—¿Dónde está Vivien...? —inquirió Ben.

—Perdón, lord Cavanagh, pero Vivien no se encuentra muy bien.

—¿Qué tiene...?

—Le dio una fuerte jaqueca.

—¿Llamaste al doctor?

—No, señor. Vivien dijo que le pasaría enseguida. Le di una tisana. ¿Los señores desean tomar algo?

—No, gracias, Chester.

Chester hizo una inclinación y se marchó por el camino que había llegado.

Ben tomó a la joven por el brazo.

—Ven, quiero mostrarte la biblioteca. Es mi habitación favorita, muy acogedora.

Fueron a una habitación que estaba a la derecha.

Colette no encontró acogedora la biblioteca. Le pareció siniestra.

—¿Qué tal? —preguntó Ben.

—Para cometer un asesinato.

—¿Qué dices?

—Oh, perdona, Ben, estaba distraída.

Colette descubrió un cuadro que había al fondo, detrás de la gran mesa.

Era una mujer bellísima.

Se acercó para verla mejor.

Tenía el cabello rubio, los ojos verdes.

—¿Quién es, Ben?

—Sarah...

Colette ya lo había imaginado, pero quería cerciorarse.

—Era muy bella.

—Sí. Siempre me ha gustado la belleza. Por eso me enamoré de ti...

Colette sintió la mano de él sobre su hombro y dio un grito.

—¿Qué te pasa, Colette?

—Nada, es que no esperaba que me tocases. Quería observar bien a Sarah.

—Éste era el momento que yo había elegido para hablar de ella, pero esa mujer que te habló por teléfono se me adelantó.

Colette inició una sonrisa pensando que sus dudas acerca de Ben eran estúpidas.

Claro, aquél habría sido el mejor momento para que él le hablase de su primer matrimonio. ¿No lo demostraba el hecho de que el retrato de Sarah continuase allí en la habitación favorita del que iba a ser su esposo?

Miró otra vez el retrato de Sarah. Se cubría con un vestido

vaporoso.

—Tú ocuparás su lugar, Colette —dijo Ben.

—Oh, no.

—Es una decisión. Contrataré a un pintor para que haga tu retrato. Cuando esté terminado, lo Pondré ahí.

—No quiero que hagas eso.

—¿Por qué no?

—No puedo estar celosa de una muerta.

Después de decir eso, Colette se arrepintió. ¿Cómo podía decir que Sarah estaba muerta si había hablado con ella varias veces?

—Eres maravillosa, Colette —dijo Ben.

La estrechó contra sí y acercó su boca a la de ella.

La joven cerró los ojos cuando Ben la besó en los labios.

Dios mío, ¿qué le pasaba? ¿Por qué habían dejado de gustarle los besos de Ben? ¿No estaba enamorada de él?

Sintió una fuerte opresión en el pecho y deseó con todas sus fuerzas que Ben se apartase.

Por fin, Ben terminó de besarla.

—Quiero enseñarte el resto de la casa.

Ella había perdido todo interés. Deseó encontrarse en la habitación de su hotel, o en las calles de Londres, o en París.

Sin embargo, se dejó acompañar por él.

Subieron por la escalera central hasta el piso superior.

—Ésta será nuestra habitación.

Colette miró la gran cama con dosel.

—Ben, quiero hacerte una pregunta.

—Dime...

—¿Fue ésta la habitación que compartiste con Sarah?

Hubo una pausa y al fin Ben dijo:

—Podemos trasladarnos a otro sitio. Hay habitaciones suficientes.

—No, me gusta este dormitorio.

Colette oyó su voz interior.

«¿Por qué no has aprovechado la oportunidad...? ¿Por qué no le has dicho que estabas conforme con cambiar de habitación? ¿Qué clase de mujer eres, una sádica? Colette, fue aquí donde ella murió con arsénico, y fue Ben, el hombre que va a ser tu esposo, quien le sirvió el vaso. ¿Cómo puedes encerrarte en esta habitación con

él...? Constantemente estarás pensando en Sarah».

De pronto, el teléfono se puso a sonar.

Colette gritó otra vez sobrecogida.

—¿Qué tienes, Colette?

—Es ella... Ya sabes, la mujer que se quiere hacer pasar por Sarah... No cojas el teléfono.

—Todo lo contrario, yo también quiero decirle unas cuantas cosas.

Ben tomó el auricular de la mesilla de noche.

Habló por el micro.

—¿Sí?

Colette había contenido hasta el resuello.

—Buenos días, lord Hammes... ¿Ahora? Sí, desde luego... Me reuniré con usted en media hora.

Colgó y volvióse hacia Colette.

—Era un amigo, lord Hammes... Me necesita para discutir un asunto de caza. Estamos redactando un memorándum para el Parlamento... Se me olvidó decirte que pertenezco a una Sociedad cuyo fin es hacer respetar la vida de los animales. Se trata de un problema de supervivencia de la fauna salvaje de Inglaterra... Perdona, Colette, pero no contaba con esto... ¿Puedes esperarme aquí? Volveré dentro de una hora. Mientras tanto, puedes ir acostumbrándote a tu nueva casa.

Colette pensó que jamás se acostumbraría a aquella casa.

—¿Prefieres la biblioteca? —sugirió Ben.

—No te preocupes, márchate. Cuando me canse de curiosear por aquí, me iré a la biblioteca.

—Está bien, querida.

La besó en la mejilla y echó a andar.

Colette vio que la puerta se cerraba al irse Ben, y otra vez se sintió conturbada.

Iba a quedarse sola en aquella mansión.

Y justamente estaba en el dormitorio donde Sarah había vivido sus últimas horas...

Abrió un armario. Dentro habían vestidos, zapatos, sombreros.

Cogió uno de los sombreros y se lo puso delante del espejo.

De pronto oyó una voz llena de ira a su espalda.

—¡Deje eso...! ¡Déjelo...!

En la puerta había una mujer huesuda, de ojos coléricos.

—¿Es que no me ha oído? ¡Deje eso, intrusa, o soy capaz de estrangularla con mis manos!

CAPÍTULO VI

—Pero ¿qué le pasa a usted? —dijo Colette.

La mujer huesuda avanzó hacia ella.

—¡Quítese el sombrero...! ¡Rápido!

—Tranquilícese... Creo que ya sé quién es. Vivien...

—Sí, soy Vivien...

—Celebro que esté mucho mejor de su jaqueca.

—No me dolía la cabeza.

—¿No?

—Fue solo una excusa.

—¿Por qué, Vivien?

—Porque no la quiero a usted en la casa.

—¿Puedo preguntarle el motivo?

—Usted es una usurpadora.

—¿A quién le usurpo el puesto, Vivien?

—A *lady* Cavanagh.

—¿Se refiere a Sarah?

—Lord Cavanagh sólo estuvo casado una vez. No hubo otra *lady*...

Colette respiró profundamente.

—Vivien, al parecer, usted quería mucho a *lady* Cavanagh.

—Sí, era una mujer maravillosa y no consentiré que nadie ocupe su lugar.

—Creo que eso no es de su incumbencia.

—Sí, lo es.

—¿No cree que lord Cavanagh es bastante mayorcito para decidir acerca de su futuro?

¿O piensa que la necesita para elegir esposa?

Vivien apretó los maxilares.

—Usted no puede casarse con él.

—¿Por qué no?

—Porque ella está viva.

—¿*Lady Cavanagh*?

—¿De qué otra persona estamos hablando?

—Pero, Vivien, usted no puede creer eso... *Lady Cavanagh* murió.

—Murió, pero ha salido de su tumba.

Colette pensó de nuevo que no estaba viviendo una escena real.

—¿Qué sabe de eso, Vivien?

—He hablado varias veces con ella.

—Eso no es posible, Vivien —dijo Colette—. Los muertos no salen de sus tumbas.

—¿Qué sabe usted referente a los muertos? Algunos salen, lo sé... Y ella ha estado aquí y volverá...

—¿Cuándo estuvo aquí?

—La semana pasada.

—No le puedo creer.

—¡Le he dicho que estuvo aquí...! Yo la vi con mis propios ojos... Me advirtió contra usted.

—¿Contra mí?

—Sí, me dijo que usted iba a usurpar su puesto... Que ella seguía amando a lord Cavanagh y que yo no debía consentir que él tomase otra esposa.

—Vivien, eso lo debe haber soñado.

—No.

—Es imposible que usted viese a Sarah.

—La vi delante de mí. Entró en mi habitación.

—Oh, no, de ninguna manera...

—Le dije que entró en mi habitación. Me despertó.

—Usted creyó que despertaba pero seguía soñando.

—La vi como la estoy viendo ahora, señorita Jourdan.

—¿Cómo iba vestida?

—Tal como usted la ha visto en el cuadro de la biblioteca.

—¿Qué otra mujer hay en la casa?

—Nadie más, sólo yo.

—Tiene que ser comprensiva, Vivien. Sarah está en su tumba y no puede salir de allí. —¡No diga eso...! ¡No lo diga!

—Los muertos no pueden andar.

—Ella anduvo, llegó hasta mi habitación. Me habló, ¿lo oye...?
¡Me habló!

—Es una sugestión suya.

—Tiene que marcharse.

—Usted no puede imponer su criterio al de Ben. Él me quiere, me ha pedido que fuese su esposa y yo consentí en ello.

Vivien levantó una mano huesuda y sacudió el dedo índice.

—Se lo advierto, señorita Jourdan. Si usted se queda, morirá.

—Sarah también murió, ¿qué me dice de eso?

—Murió porque le llegó la hora.

—¿Fue eso lo que Sarah le dijo?

—No hablamos de ello.

—Vivien, quiero hacerle una pregunta.

—No le contestaré.

—Es una pregunta muy importante. ¿Bebía Sarah un vaso de leche antes de dormir?

—¿Qué tiene que ver eso?

—¿Bebía un vaso de leche antes de dormir? —insistió Colette.

—Sí.

—¿Se lo servía usted?

—Sí, yo. Pero algunas veces se lo daba lord Cavanagh.

—¿Cómo murió Sarah?

—Déjeme en paz.

—Por favor, dígame cómo murió Sarah.

—He de volver a la cocina. No quiero que siga usted aquí...

—Ben salió un momento y volverá por mí.

—Aproveche la oportunidad para marcharse... Rompa su compromiso con lord Cavanagh... Rómpalo o será demasiado tarde para usted, señorita Jourdan.

Vivien dio media vuelta y salió precipitadamente de la estancia.

Colette quiso seguirla y dio unos pasos, pero luego se detuvo.

No serviría para nada.

Vivien era partidaria de Sarah. No la convencería.

Pero ¿qué habría de verdad en lo que ella le había contado?

Oh, no, Vivien no podía hablar con una muerta.

Sin embargo, ¿no había hablado ella misma, Colette?

Claro que no había sido personalmente, sólo por teléfono.

Pero ya estaba dispuesta a admitir muchas cosas.

Oh, no, no podía admitir que una muerta saliese de una tumba. Eso era demasiado.

Bajó por la escalera.

En el vestíbulo no vio a nadie.

Entró en la biblioteca y ocupó un sillón.

Sin querer, sus ojos se desviaron hacia el cuadro.

Sarah parecía mirarla. Pero eso era lógico. Todos los retratos producían la misma impresión. La de que el retratado está mirando a la persona que, a su vez, lo observa.

En aquel momento el teléfono se puso a sonar.

Colette crispó las manos sobre los brazos del sillón.

Se levantó dirigiéndose hacia la mesa donde continuaba sonando el teléfono.

—¿Quién es?

—Bienvenida a mí casa, señorita Jourdan.

Era ella, Sarah.

—¿Por qué me llama aquí?

—Porque sabía dónde encontrarla, como lo supe antes.

—¿Y cómo lo sabe, Sarah?

—Los muertos tenemos esos poderes.

—No va a convencerme de que está muerta. ¿Lo oye?

—¿No ha hablado con Vivien?

—Sí, he hablado con Vivien.

—¿No le ha contado que la visité?

—Sí, me lo contó. Pero tampoco lo creí...

—Es usted muy escéptica, señorita Jourdan.

—Sólo creo en lo que perciben mis sentidos.

—En tal caso, tendré que hacerle a usted una visita.

Colette no pudo evitar un nuevo estremecimiento.

—Usted no puede hacer eso, señora Cavanagh.

—¿Por qué cree que no puedo?

Colette se quedó nuevamente sin habla.

Sarah, o la persona que estuviese al otro lado, rió con aquel tono histérico.

—¿Empieza a tener miedo, señorita Jourdan?

—Lo he tenido ya desde hace unas horas.

—Puede curarse de una sola forma.

—Oh, sí, ya lo sé. Marchándome.

—Pero usted no huirá, señorita Jourdan. En realidad es muy valiente, y usted va a ayudarme, para probar que Ben Cavanagh es un asesino.

—No voy a ayudarle en nada.

—Si no lo hace, será su perdición. Ben la matará lo mismo que me mató a mí.

—Lo ha dicho muchas veces ya, señora Cavanagh.

—Pero usted no quiere entender.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Es obvia la respuesta. Usted está muerta.

—Señorita Jourdan, creo que es necesaria mi visita.

—No...

—Sí, querida. Tenemos que vernos. Usted y yo hablaremos.

Colette miró el retrato.

Era increíble que la mujer reflejada allí estuviese hablando con ella a través del teléfono.

—¿Cuándo le parece que nos veamos, señorita Jourdan?

Le pareció que los labios del retrato se movían.

Oh, no, eso no era posible. También ella empezaba a sugestionarse, lo mismo que Vivien.

—No quiero verla a usted, señora Cavanagh.

—Es necesario... Yo misma señalaré la cita.

—Por favor, le pedí que me dejase en paz. Se lo repito.

—La veré a usted en el parque que hay frente a la casa, esta noche.

—No.

—A las doce...

—Le he dicho que no iré.

—Recuérdelo, señorita Jourdan. A las doce. Junto a la estatua hay un banco.

Espéreme...

—Usted no puede conceder ninguna cita a nadie.

—Le demostraré que se equivoca. No lo olvide, señorita Jourdan. No acepte ninguna cita de Ben ni de otra persona. A las doce de esta noche, cuando suene la última campanada iré a su lado.

Se interrumpió la comunicación.

Colette quedó inmóvil. Pensó que se había convertido en un bloque de mármol frío porque ni siquiera sentía los latidos de su corazón.

CAPÍTULO VII

¿Qué hacía en aquella casa? ¿Por qué no se iba?

Podía tomar un taxi y decir al chófer que la condujese al aeropuerto.

Así acabaría de una vez con aquella congoja.

¿Por qué tenían que haber salido así las cosas?

¿Y si Ben era un asesino de verdad?

¿Y si había envenenado a Sarah?

Oh, no, no podía creer en eso.

Ben era un hombre correcto, exquisito. Siempre la había tratado bien, comportándose con ella como un auténtico enamorado.

Pero las cosas habían cambiado muy deprisa.

Ben guardó celosamente aquel secreto, el que se refería a la existencia de su primera mujer.

Además, ya no era sólo Sarah, la presunta difunta, la que le había puesto en guardia contra Ben, o la mansión.

Ahora debía contar con Vivien, aquella mujer huesuda cuyos ojos parecían enfebrecidos.

¿Y si llamase a Jean Savage?

Era amigo de su infancia, y habían sido novios. El la protegería contra Ben, contra Vivien y contra la muerte.

Pero ¿cómo alguien podía protegerla contra una persona que salía de su tumba?

Otra vez pensaba lo mismo. En la posibilidad de que fuese verdad.

Existía una forma de comprobarlo. Acudiendo a la cita.

Sí, Sarah le había dicho que debía de estar a las doce en aquel banco del parque junto a la estatua.

Lanzó un grito. Había brotado de su garganta.

Le asustaba la idea de pensar que ella pudiese estar en el parque sumergida en la niebla a medianoche, a la espera de un fantasma.

No, no iría.

Si lo hiciese, demostraría que también estaba loca.

¿No empezaba ya a estarlo?

¿Y si era lo que ellos querían?

¡Qué cosa más absurda!

¿Qué iban a ganar Ben, Vivien, o aquella mujer que se hacía pasar por muerta?

Ella era una mujer vulgar. Carecía de fortuna.

¿Pero no habían existido en Londres en todas épocas monstruos, seres cuyo máximo placer era hacer daño al prójimo?

Se acordó de Jack *el Destripador*, de John Charles...

Debería correr, escapar de allí cuanto antes.

Aquella casa tenía algo de maligno. De eso estaba segura.

No, no era una sugestión.

Una fuerza extraña la obligó a mover las piernas cada vez más aprisa.

Abrió la puerta de la habitación y vio en el hueco a Ben.

Esta vez sus cuerdas vocales quedaron paralizadas y no llegó a emitir grito alguno.

—Querida, ¿te has asustado?

—Sí, un poco.

—Lo siento. ¿Adónde ibas?

—Quería ver las armaduras de la escalera —contestó ella porque estaba viendo una de ellas.

—No tiene nada de interesante que ver.

—Quizá haya alguien dentro —contestó nerviosa.

—¿Cómo...?

—Perdona, Ben, pero esta casa me impone.

—No estás acostumbrada. Pero en unos días la querrás tanto como yo. Acompáñame.

Quiero enseñarte esas armaduras para que te cerciores de que están vacías.

Colette dejóse conducir hasta el pie de la escalera.

—Son armaduras de la batalla de Hastings —explicó Ben—. En ella luchó un antepasado mío y salvó una situación muy comprometida. Entonces, aquel Cavanagh no era noble. Ganó su

escudo en aquella batalla.

Ben alzó la mano para levantar el yelmo.

Colette se sintió sobrecogida. Tuvo la impresión de que allí dentro aparecería una calavera. O tal vez el mayordomo con un cuchillo clavado en la espalda.

Ben Cavanagh levantó al fin el yelmo.

—¿Lo ves, querida? No hay nadie.

La joven tragó saliva.

—Seguro que la otra es la del relleno.

—¿Qué dices?

—Estoy muy nerviosa, Ben, y no sé lo que digo.

Él sonrió comprensivo.

Se acercó a la otra armadura y levantó también el yelmo. En su interior tampoco había nadie.

—El cine ha desprestigiado mucho las mansiones como la mía, Colette.

—Tienes razón, Ben. La culpa es del cine. Casi siempre que aparece una armadura, hay en su interior un hombre asesinado, Ben, salgamos de aquí a dar un paseo.

—Lord Hammes me necesita. Estaré todo el día ocupado.

Colette tuvo la impresión de que respiraba aire reconfortable.

¿Por qué sentía esa sensación? El día anterior, Ben era el hombre con el que se iba a casar, con el que deseaba reunirse cuando estaba en París, y ahora le decía que no podía estar con ella y era un alivio.

—Te acompañaré al hotel, querida.

—Sí, Ben.

Viajaron en el coche.

—No hace falta que entres, Ben —dijo Colette, al llegar al hotel.

Ella había saltado ya del coche y se libraba también del beso.

—Como quieras, Colette. Hasta la tarde.

—De acuerdo.

La joven hizo un saludo mientras el coche se alejaba.

Entró en el hotel.

¿Se iba a encerrar en su habitación...? Oh, no, de ninguna manera. No quería recibir más llamadas de la muerta. Aunque, quizá Sarah la dejase en paz puesto que se había citado con ella a medianoche.

De todas formas, lo que necesitaba era un buen trago de *whisky*.

Fue al bar y se sentó en un taburete.

—¿Qué va a tomar, señorita? —preguntó un barman con cara simpática.

—Un *whisky*, y que sea doble.

—Enseguida, señorita.

El barman puso el *whisky* delante de ella.

Bebió un largo trago.

Buscó en su bolso los cigarrillos, pero ya no le quedaban. Compró un paquete al barman y éste mismo le ofreció un fósforo para que encendiese.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Colette.

—Dennis.

—¿Cree que los muertos resucitan, Dennis?

Dennis se echó a reír.

—Oh, sí, desde luego.

—Está de broma.

—¿No lo está usted, señorita...?

—No, en absoluto. Hablé con una muerta...

—Vaya, tiene suerte.

—¿Usted cree...?

—Si pillase a uno de esos muertos por ahí, me vendría muy bien, ¿sabe? Le propondría hacer sociedad conmigo para acertar las carreras de caballos... Se me ocurre una cosa, señorita. ¿Qué le parece si me presta su muerta?

—No me cree —dijo ella dando un manotazo en el aire.

Bebió el resto del *whisky* y dijo:

—Ponga otro doble.

—Eh, señorita, ¿no cree que se puede marear...?

—¿Es cuenta suya...?

—Sólo lo decía porque, si bebe otro doble, se va a encontrar con más muertos... Pero, si a usted le gusta, yo no tengo inconveniente... Ahí va el otro *whisky* doble.

—Dennis —dijo—. Voy a suponer como usted que los muertos deben estar quietecitos en su tumba.

—Sí, ésa es su obligación.

—Pero ¿qué diría Usted si, a pesar de eso, le hablase un muerto por teléfono...? —Diría que es un vivo.

—¿Cómo?

—Que es un vivo que pretende aprovecharse del muerto.

—Vaya, no está mal... Podría ser una solución. —Me alegro de haber cooperado con usted, señorita Colette aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

Dennis había sido juicioso. Si un vivo ocupaba el lugar del muerto, era porque tenía interés en hacer la sustitución.

Jean Savage.

Sí, a Jean le podría convenir que ella no se casase con Ben Cavanagh... ¿No había dado a entender que seguía enamorado de ella...?

Y también Jean había aparecido aquella mañana en el hotel, cuando él mismo confesaba que los periodistas dormían en aquellos momentos porque lo exigía la profesión.

Cuanto más lo pensaba, más posibilidades veía que fuese Jean el autor de aquella comedia.

A Jean le habría sido fácil conocer la vida de Ben.

Sí, naturalmente, ¿no había entre sus compañeros un cronista de sociedad...?

Las piezas del rompecabezas parecían encajar perfectamente.

Y eso era lo que se le había planteado desde su llegada. Un rompecabezas.

Sintió que la sangre hervía en sus venas. En su pecho iba creciendo la indignación.

Jean habría contratado a una mujer para que ocupase el lugar de Sarah porque, naturalmente, no quería que se casase con Ben.

Todo estaba claro.

—Dennis, es usted maravilloso —dijo al *barman*.

—Gracias, señorita.

—Por usted y sus hijos —brindó Colette.

—Perdone, pero todavía no me casé.

—Es igual. Por los que puedan venir —repuso Colette y bebió el *whisky* que quedaba en su vaso.

Preguntó el importe de lo consumido y pagó agregando una buena propina.

—Gracias, señorita.

—Ahora voy a ajustarle las cuentas a la muerta y al vivo.

Saltó del taburete y estuvo a punto de caer.

—Eh, cuidado, señorita, ¿se encuentra bien?

—Nunca me encontré más en forma, Dennis.

—¿No cree que debería dormir un rato?

—¿Dormir ahora? Oh, no. Ha llegado mi hora.

—Pues entonces le deseo suerte.

La joven se dirigió hacia la puerta. Tropezó con un hombre que entraba.

—Eh, preciosa, ¿me estabas esperando a mí...? El Destino nos ha juntado...

Era un hombre de cincuenta años con cara de granuja.

—Vaya en busca de su mujer —repuso Colette.

—Mi mujer se fue de vacaciones y estoy solito.

—Más vale que siga solo y que piense en su amada esposa —dijo Colette y continuó su camino hacia la calle.

Hizo una seña a un taxi.

—Lléveme al hotel Belvedere.

Poco después llegaba a su destino y abonó al taxista el importe de la carrera.

Entró en el hotel y subió en el ascensor.

—Habitación ciento treinta y dos —dijo.

Bajó en la tercera planta y poco después se encontraba ante la puerta marcada con el número 132.

Iba a llamar cuando se detuvo al oír voces en el interior.

El corazón le dio un vuelco. Jean estaba hablando con una mujer. Los había sorprendido. Ella no podía ser otra que Sarah, o mejor dicho, la difunta señora Cavanagh.

CAPÍTULO VIII

Colette abrió la puerta de un tirón y se coló en el apartamento.

Jean Savage estaba tendido en el diván y una rubia se sentaba a su lado.

—Querido, deja que te bese —decía ella.

—Tengo mucho sueño.

Jean y la rubia no habían notado la presencia de Colette, la cual pegó un envión a la puerta cerrándola.

—Anda, Jean, bésala —dijo Colette—, la pobre se lo merece por el trabajo que está realizando.

Jean dobló la cabeza, y al ver a la joven, saltó del diván.

—Eh, Colette, ¿qué haces aquí?

—Se me ocurrió venir a desenmascararte.

—¿Qué dices?

—Eres un miserable.

La rubia, que poseía un cuerpo esbelto, bien dotado por la naturaleza, hizo un mohín.

—Eh, Jean, ¿quién es?

—Mi primera novia.

—Menos mal que no es la última. Eh, usted, haga cola, yo llegué primero.

—La cola te la voy a morder yo a ti, difunta —repuso Colette.

—Jean, esta chica está borracha.

Los ojos de Colette despedían chispas de cólera.

—Para ser un cadáver se conserva bien.

La rubia se pasó una mano por las caderas.

—Sí, eso me dicen todos. Alguno agrega que es una lástima que me vaya a convertir en un montón de gusanos.

—Se va a convertir ahora en un montón de gusanos, señora

Cavanagh.

—Oiga, mi nombre no es Cavanagh.

—Ya lo suponía.

—Soy Carole Simms.

—Pues prepárese porque le voy a hacer la permanente.

Dicho esto, Colette se abalanzó sobre la rubia.

—¡Eh, Jean, es una loca...!

Jean estaba estupefacto ante el comportamiento de Colette y no intervino.

Colette soltó una bofetada en la cara de la rubia.

—Conque sí, ¿eh? —gritó ésta—. ¡Ahora verás!

Le contestó con otra bofetada.

Entonces se atraparon por el cabello y las dos rodaron por el suelo.

Jean se puso a danzar al lado de ellas tratando de separarlas.

—Eh, muchachas, estén quietas... Se van a hacer daño.

Atrapó a la rubia por un brazo y, de un tirón, logró desasiría de las manos de Colette.

—Déjame, Jean, quiero meterla otra vez en el ataúd.

—Colette, ¿de qué estás hablando?

—¡He descubierto tu plan! —gritó ella mientras se levantaba.

La rubia trató de soltarse.

—¡Déjame un minuto, Jean! Tendré bastante para convertirla en una pescadilla.

—Te vas a estar quieta —gritó Jean y le soltó un empujón enviándola al diván.

Colette quiso ir hacia Carole pero Jean se interpuso y la tomó por los brazos.

—¿Qué te pasa, Colette?

—Anda, dime tú también que estoy borracha.

—Si no lo estás, te falta poco. Apesta a *whisky*.

La rubia intervino.

—Seguramente bebió para olvidarte. Conozco a estas malas pécoras. Te ha echado el ojo encima, y como tú no le haces caso se quiso beber un barril para reunir coraje.

—Cierra el pico, Carole. Ahora estoy hablando con ella.

—Suéltame —gritó Colette—. No quiero ni verte. Lo que has hecho tiene un nombre muy feo.

—¿Qué es lo que he hecho?

La contrataste para las llamadas telefónicas.

—Creo que te entiendo. Piensas que ella es la señora Cavanagh.

—Lo pienso y lo afirmo...

Jean chascó la lengua.

—No tengo nada que ver con eso.

—Claro, ¿qué vas a decir tú?

—Tienes que ser sensata... ¿Me crees capaz de hacer una cosa como ésa?

Colette fue a contestar, pero miró los ojos de Jean y guardó un silencio.

El periodista prosiguió:

—Te voy a confesar algo que hasta ahora no te he dicho. Tu novio no me gusta absolutamente nada.

—No se trata de que te guste a ti, sino a mí.

—No puedes estar enamorada de ese hombre.

—Claro que lo estoy.

—No, Colette, no puedes haber cambiado tanto.

—Ben es un hombre alto y guapo y educado y tiene un título nobiliario, y posee dinero. —Sí, tiene todas esas cosas, pero no es bastante para que tú te enamores de él.

—¿Qué sabes tú de mis sentimientos?

—Fui tu novio y conozco tus teclas.

—Eh, que no soy un piano.

—Toda mujer lo es, quiero decir a efectos del teclado.

La rubia intervino:

—Eh, Jean, ¿por qué no interpretas conmigo una sinfonía que valga la pena?

—Usted se calla, cotorra —gritó Colette—. Él le dijo que tuviese el pico cerrado.

—A ti te voy a picotear ahora mismo.

La rubia volvió a intentar la pelea y Colette forcejeó para quedar libre.

—Suéltame, Jean. Le voy a poner un ojo morado.

—Carole, ¿quieres hacerme un favor? Sal de aquí. Ya te llamaré luego.

—Eso es lo que ella quiere, que os deje solos, y ya estoy viendo que caerás en sus brazos.

Colette chilló:

—Pero ¿qué se ha creído esta deslenguada? ¿Supones que busco los hombres como tú?

—Tú los buscas como yo, pero no los encuentras ni con linterna —contestó Carole.

Colette dio un empujón a Jean y lo arrojó al suelo de improviso.

La rubia, al ver que Colette había quedado suelta, pegó un grito y abrió la puerta.

Escapó del apartamento como si hubiese visto al mismísimo diablo.

Colette titubeó entre seguir a la rubia o quedarse allí. Optó por lo segundo.

Jean se puso en pie.

—¿Qué es lo que bebiste, Colette? ¿Whisky o dinamita?

—Ahora me vas a decir la verdad.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué me voy a referir? A tu plan siniestro.

—Y duro con tu manía persecutoria...

—¿Me has imaginado tan estúpida para creer que viniste al hotel solo por verme, porque de pronto recordaste que fui tu primer amor?

—Admito que fui al hotel para verte, pero no fuiste mi primer amor.

—¿Ah, no fui tu primer amor? ¿Y qué lugar ocupé, si puede saberse?

—No recuerdo exactamente. Quizá el quinto o el sexto... Quién sabe.

—Los hombres sois unos embusteros. Me dijiste que a nadie habías amado antes que a mí.

—Pero tú no lo creíste.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué te quejas? Se dicen mentiras por obligación. ¿Qué habrías pensado si te hubiese dicho que antes de ti me había enamorado de tres o cuatro chicas? —Te hubiese arañado la cara.

—Pues ahí lo tienes. Necesitaba mi piel intacta.

—Estás divagando... He venido aquí para arrancarte la confesión de que me quieres, de que no pudiste resistir la idea de

que me fuese a casar con Ben, y que por ello te informaste acerca de su vida.

—Párate y respira.

Colette llevó aire a sus pulmones. Luego se acercó a Jean señalándolo con el brazo.

—Contrataste a esa rubia para que se hiciese pasar por la señora Cavanagh.

—Pareces un disco rayado. ¿Cuántas veces has dicho eso desde que entraste aquí?

—Dime que no me equivoco ¡Dímelo, Jean!

—No puedo admitirlo porque no es verdad. ¿Sabes quién es Carole? Una modelo.

—Imagino que debe hacer otras cosas, aparte de exhibir vestidos.

—Sí, pero yo no me meto en la vida privada de nadie.

—Te metiste en la mía.

—No.

—Apareciste ayer en el hotel y esta mañana volviste allí.

—De acuerdo, te haré una confesión.

—Estupendo. Ya era hora.

—He pensado muchas veces en ti.

—¿Cuándo?

—En Suecia, y aquí en Londres.

—¿Por qué pensaste en mí?

—Porque llegué a la conclusión de que eras la mujer más deseable que había encontrado en mi vida. Tres o cuatro veces pensé ir a París por ti, pero decidí que era una idea estúpida. Tú me habrías olvidado.

La joven parpadeó.

—¿Tú pensaste eso?

—¿Cómo quieres que te lo diga?

Jean fue hacia un mueble-bar y cogió la botella de *whisky*.

—Sírreme una ración —dijo Colette.

—Ni hablar. Ya bebiste demasiado. Un trago más y eres capaz de jugársela a Giscard d'Estaing.

La joven se sentó en un sillón, cruzó las piernas y apoyó la barbilla en el brazo, con un gesto de enfurruñamiento.

Jean bebió un trago y, después de chascar la lengua, preguntó:

—¿Dónde está, Ben?

—En una reunión.

—¿Qué clase de reunión?

—Se dedica a proteger a los animales vivos.

—Y por lo visto también a los muertos.

—Tu humor negro no me produce ninguna risa.

—Háblame entonces de ella, de la señora Cavanagh, de sus conversaciones contigo.

—¿Por qué, si ya lo sabes?

—Eres una testaruda. En ese aspecto no has cambiado. Te repito que no tengo nada que ver con la señora Cavanagh, ni con el señor Cavanagh...

—Me has dicho que fuiste ayer al hotel para verme porque me habías echado de menos. ¿Por qué fuiste esta mañana?

—Porque te eché de menos y por otra razón. Porque no me gustó tu prometido.

—¿Estás celoso?

—Sí.

—Eso justificaría que tú fueses el promotor de esta absurda comedia.

Jean se pasó la mano por la cara en un gesto de exasperación.

—Colette, yo tengo otros medios para conquistar una mujer. No me gusta infundirles terror y eso es lo que están haciendo contigo.

Jean se dirigió al sillón donde estaba ella sentada y ocupó un brazo.

—Anda, sé una buena chica y empieza por el principio, pero no te detengas.

Colette hizo un relato de lo que le había acontecido desde que llegó a Londres.

Jean escuchó atentamente sin interrumpirla. Cuando ella hubo terminado, Jean fue de nuevo al mueble-bar y se sirvió más *whisky*.

—Te has quedado mudo —dijo Colette.

—Todo eso es muy emocionante.

—¿Y qué piensas?

—Es también complicado.

—Puedo salir de dudas.

—¿De qué forma?

—Acudiendo a la cita con la muerta.

—Olvidalo.

—¿Por qué?

—No te dejaré ir.

—Pero si veo a la señora Cavanagh y hablo con ella, se aclarará todo.

—Sí, se puede aclarar de tal forma que mañana te encuentres en la *morgue*. Apuesto que se trata de una trampa.

—No me digas que la difunta llevará un cuchillo escondido entre su vaporoso vestido y que en el momento más inesperado me trinchará.

—Por si ocurre eso, te abstendrás de acudir a esa cita.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Déjame pensar.

Jean iba de un lado a otro de la habitación. De vez en cuando, bebía un trago de *whisky*.

Más tarde se detuvo junto a la mesa y encendió un cigarrillo.

—Hay una forma clara de saber la verdad —dijo al fin.

—¿Cuál?

—Exhumar el cadáver de Sarah Cavanagh.

—¿Piensas, acaso, que el ataúd está vacío?

—No lo sugiero por eso, sino para saber si realmente murió envenenada con arsénico.

—Me parece una buena idea.

—Pero antes he de realizar una pequeña investigación.

Disco en el teléfono un número.

—¿Jeffrey...? Sí, soy yo, Jean... Quiero saber dónde está enterrada la difunta señora Cavanagh, esposa de lord Cavanagh. Su nombre de soltera era Sarah Coward. Murió hace unos dos años... sí, espero.

Transcurrió un minuto.

—¿Jeffrey...? Sí, está bien... Ya lo imaginaba... Gracias por todo.

Jean colgó y miró a Colette.

—No hay nada que hacer, pequeña.

—¿Cómo?

—La señora Cavanagh acabó en un horno crematorio.

—Eso es estupendo, Jean.

—¿Tú crees?

—Si la convirtieron en cenizas, no pudo aparecer entera ante Vivien, la huesuda.

—Cariño, sabes muy poco de fantasmas. No importa la forma en que se acabe con ellos porque los difuntos, cuando aparecen, lo hacen valiéndose de un maravilloso producto que se llama ectoplasma.

—Entonces, ¿tú crees en su existencia?

—En absoluto. Nunca he dado crédito a las doctrinas espiritistas.

—Verdad o mentira, lo cierto es que la difunta se pone en contacto conmigo.

Sí, eso parece.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Jean?

—Investigaré la vida de tu prometido.

—¿Y qué vas a sacar con eso?

—No lo sé, pero quizá surja alguna pista.

—Regresaré a mi hotel.

—No, no quiero que vayas allí. Te quedarás en este apartamento.

—No puedo hacer tal cosa. Si Ben se enterase, pensaría muy mal de mí.

—Recuerda que eres una francesa. Que piense lo que quiera. Todo te será perdonado.

—No hablarás en serio.

Él fue hacia ella y le acarició la nariz.

—Volveré en un par de horas. Mientras tanto, estarás mucho más segura en este apartamento y así te evitarás las molestias de atender llamaditas de fantasmas.

—Trato hecho —contestó la joven convencida.

Jean se vistió en unos instantes en el dormitorio y, cuando salió, se acercó otra vez a Colette y le besó en los labios.

—Eh, no debes hacer eso, Jean.

—Debo aprovecharme antes de que te cases —sonrió él y salió de la habitación.

Al quedar a solas, Colette pensó durante un rato en Jean y en lo que había sido su corto noviazgo en París años atrás. Sí, Jean, era muy agradable, muy simpático, muy atractivo... Oh, ¿cómo podía pensar eso ahora que se iba a casar con lord Cavanagh?

El *whisky* le había dado mucho sueño. Aquel diván parecía cómodo...

Se tendió en él y cerró los ojos.

Ya habían pasado unos minutos cuando sintió la vaga sensación de que no estaba sola.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Miró hacia la puerta y lanzó un grito. Allí, en el umbral, estaba Ben Cavanagh mirándola fijamente.

CAPÍTULO IX

—¿Qué haces aquí, Colette?

—¡Ben...!

Su prometido cerró la puerta y caminó hacia el diván sin apartar los ojos de la joven.

Ella se incorporó quedando sentada.

—No me gusta que me hayas seguido, Ben.

—No te seguí.

—Entonces, ¿cómo diste conmigo?

—Fue muy fácil. Pregunté en el hotel y me dijeron que no estabas. Entonces imaginé que habrías venido a ver a Jean Savage. Siento mucho no haberme equivocado.

—Me dijiste que ibas a pasar todo el día con lord Hammes.

—Hubo una variación en el plan de lord Hammes y pudo prescindir de mí.

—¡Oh!

—¿Qué has venido a hacer aquí, Colette?

—Tenía ganas de charlar con alguien y, ya que no podía hacerlo contigo, pensé en Jean.

—¿Dónde está él?

—Salió hace un rato.

—¿Adónde?

Colette no podía decirle que Jean había salido para investigar justamente la vida de un hombre llamado lord Cavanagh.

—Lo llamaron del periódico.

—¿Por qué te quedaste en este apartamento si él se fue...? Entiendo, piensa volver pronto.

—No, no es ésa la razón, Ben. Estaba muy cansada.

Bebí mucho *whisky* en el hotel cuando tú te marchaste y lo bebí

muy aprisa. Pensaba descansar un rato aquí y luego marcharme.

Cavanagh entornó los ojos.

—¿Qué significa él para ti?

—¿Cómo?

—Ya sabes a quién me refiero, a Jean Savage.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Te digo la verdad, que no lo sé. Estoy aturdida, nadando en un mar de confusiones.

—No te comprendo.

La joven saltó del diván y se fue al mueble-bar.

—¿Qué vas a hacer, Colette?

—Beber.

—Te prohíbo que lo hagas.

—Necesito el *whisky* para aclarar mis ideas.

—El *whisky* nunca aclara las ideas.

—Eso es un tópico, Ben. Hace un rato bebí, y aunque estaba mareada, vi las cosas muy claras.

—¿Qué cosas?

—Por favor, no me hagas preguntas como un fiscal —dijo ella y bebió un trago de *whisky*.

Colette vio como él se sentaba en un sillón.

—¿Qué haces, Ben?

—Me armaré de paciencia. Cuando crea que has bebido bastante, nos iremos. Colette bebió y luego quedóse mirando el cogote de Ben. No le gustó. Era demasiado grueso. ¿Por qué no se había fijado antes?

—¿Por qué tienes el cogote tan grueso?

—¿Cómo? —repuso él volviendo la cabeza.

—Tu pescuezo, Ben.

—Colette, estás ebria.

—No estoy ebria.

—Vámonos a casa. En cuanto llegue, te daré un vaso de leche.

—Claro, y otra chica a la fosa.

—¿Qué dices?

—Oh, perdón, quise decir al horno crematorio.

—No te comprendo nada.

Colette se sentía muy mareada pero era estupendo aquello de

beber *whisky* y olvidar los problemas. Claro que se olvidaban. Incluso, encontraba divertido a Ben Cavanagh.

—¿Por qué la envenenaste, Ben?

—¿A quién te refieres?

—A Sarah, a la hermosa Sarah...

—No envenené a Sarah. Ella murió de muerte natural.

—Oh, sí, de un síncope, pero ella me dijo otra cosa. Le serviste un vaso de leche y con él una ración de arsénico... ¿Por qué el arsénico, Ben...? ¿Por qué no utilizaste el cuchillo?

—Por favor, Colette, calla...

—No, no quiero que utilices el cuchillo conmigo. Me mancharías de sangre.

Ben se puso en pie.

—Será mejor que nos marchemos. Necesitas descansar.

Colette sintió deseos de llorar.

—¿Por qué me vas a matar, Ben...? ¿Por qué? Yo iba a ser *lady* Cavanagh, iba a ser tu esposa.

—Lo serás.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por toda la vida.

—Pero si son dos semanas, será una vida muy corta... No, Ben, no me puedo casar contigo. Te tengo mucho miedo...

—Eso es obra de la miserable que te ha hablado ocupando el lugar de Sarah.

—¿Crees en los espíritus, Ben?

—Claro que no.

—Sin embargo, pueden existir cuando se rodean de una cosa llamada ectoplasma... Quiero un aperitivo de ectoplasma... De esa forma me haré invisible y no me podrás cazar.

No sabes lo que dices.

Colette se estaba tambaleando.

Ben llegó a su lado y la tomó por la cintura.

—Ven conmigo, necesitas dormir.

—Sí, eso es lo que necesito, pero yo quiero estar en París. No me gusta Londres, es una ciudad muy fea... En realidad, yo no sé si es ciudad, no he visto casas, sólo niebla... Se me ocurre una idea para que la quitéis. Debéis embolsarla y ofrecerla al turista...

Ben la empujó hacia la puerta.

Al cabo de un rato, Colette se encontró en el interior del «Jaguar» conducido por Cavanagh.

—Qué mal me encuentro, Ben.

—Es lo que siempre pasa cuando se bebe en exceso *whisky*.

—Eso no es una falta, Ben. Es mucho peor matar con exceso... Colette cerró los ojos. Dios mío, qué sueño tenía...

* * *

Colette despertó.

Tenía dolor de cabeza.

Miró a su alrededor y abrió la boca asombrada. Aquélla no era la habitación de su hotel. En un instante comprendió donde estaba, en la siniestra mansión de Ben y estaba acostada en la cama de matrimonio.

Al llegar a tal convicción, pegó un salto.

Pero enseguida soltó un grito al ver a la persona que había a los pies de la cama. Era Vivien.

—No me hizo ningún caso, señorita Jourdan.

Colette no pudo articular palabra alguna porque sentía la garganta reseca y su lengua como una tira de cuero.

—Ha manchado ese lecho... —dijo Vivien con voz ronca.

—Oiga, por favor, ¿dónde está Ben?

—No lo sé.

—¿Por qué me trajo aquí...? Yo no quería.

—Debió olvidar la casa, al señor Cavanagh...

—Sí, creo que tiene mucha razón. Vivien. Debí olvidarlo todo, incluso a usted.

—Pero no lo llevé a la práctica.

—Oiga, aunque no lo crea, Ben me trajo aquí sin mi permiso. Yo estaba mareada, me dormí.

—Ya lo sé, el señor la entró en brazos.

Colette caminó hacia la ventana.

—Ya es de noche. ¿Qué hora es?

—Las once.

Colette sintió un escalofrío al mirar al parque. La niebla no era aún muy espesa y, a través de ella, podían verse algunos árboles y una farola.

Recordó la cita que tenía con el fantasma de Sarah Coward, la primera esposa de Ben.

—¿Se va a marchar de la casa? —Oyó que decía Vivien.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo.

—Sí, es una buena idea.

—Si ve al señor Cavanagh, no le diga nada. Sería capaz de ir por mí al hotel. Concédame una hora y estaré camino de París.

—Espero que cumpla su palabra.

—Vivien, le aseguro que por nada del mundo le vería a usted la cara... Oh, perdón, quiero decir que no estaría un minuto más en ésta casa.

La joven buscó sus zapatos. Estaban debajo de la cama.

Se los estaba poniendo cuando oyó la voz de Ben en la puerta.

—¿Qué haces aquí, Vivien?

—Perdón, vine a ver si la señorita quería alguna cosa.

—Me ocuparé yo de ella. No vuelvas a entrometerte hasta que se te llame.

—Sí, señor Cavanagh.

—Vuelve a la cocina.

La huesuda Vivien salió de la habitación sin perder la calma.

Colette se había quedado paralizada al oír a Ben. Ahora terminó de ponerse los zapatos.

—¿Por qué me trajiste aquí, Ben?

—No quería que diceses un espectáculo en el hotel.

Colette se mojó los labios con la lengua.

—Estabas embriagada. Recuerda que soy lord Cavanagh y que vas a ser mi esposa.

—Tengo que darte una mala noticia e ese respecto, Ben. —¿De qué se trata?

—No voy a ser *lady* Cavanagh.

—Creí que con unas horas de sueño se te pasaría el mareo.

—Ya se me pasó.

—¿Recuerdas que te ibas a casar conmigo o ya lo has olvidado?

—A eso me he querido referir precisamente, Ben. No me voy a casar contigo.

—¿Quién te ha hecho cambiar de idea?

—Nadie.

—Ha sido Jean Savage, ¿eh...?

—No, no ha sido él. Se trata de una decisión propia.

—¿Y qué te ha hecho tomar esa decisión?

—Es la suma de muchas cosas.

—No tomaré en cuenta tus palabras.

—Hablo en serio, Ben.

—Estás bajo una influencia extraña.

—¿A qué te refieres? —preguntó Colette pensando en Sarah Coward.

—Al alcohol naturalmente.

—Te digo que me encuentro bien.

—Querida, pasarás aquí la noche.

—Ni lo pienses.

—Es preferible que te quedes aquí en vez de ir al hotel.

—Lo siento, Ben, pero volveré a París, y lo haré esta misma noche.

—Querida, dormirás aquí, mañana me darás tu respuesta definitiva con respecto a si quieres o no ser *lady* Cavanagh. Entonces respetaré lo que decidas. ¿No crees que es justo para los dos?

Colette pensó. Cielos, ¿cómo había podido cambiar tanto con respecto a Ben? Miró su cara. Tan sólo unos días antes le había parecido el hombre más maravilloso del planeta, el único con el que se casaría porque tenía la convicción de que con él sería feliz. Sin embargo, todo aquello se había venido abajo. ¿No sería injusta con él?

—De acuerdo, Ben. Me quedaré hasta mañana, pero prométeme que respetarás mi decisión, sea cual fuera.

—Ya te he dicho que la respetaré...

Ben dio media vuelta y salió de la estancia.

CAPÍTULO X

Colette se apretó las sienes con la mano. ¿Por qué había cedido? Ahora ya estaba arrepentida. Lo que ella quería era huir de aquella casa.

Pero ya estaba hecho. No podía volverse atrás.

Se acercó otra vez a la ventana y miró a través de los cristales. Ya no se veía nada del parque porque la niebla era muy espesa.

De pronto, el teléfono se puso a sonar.

Se volvió sobrecogida. Debía ser Jean que la estaría buscando. Sí, Jean habría vuelto a su apartamento del hotel y, al llegar allí, debía haberse extrañado de su ausencia. Descolgó el auricular.

—¿Jean?

—No soy Jean, señorita Jourdan.

—¿El fantasma, pues?

—Sí, señorita Jourdan.

—¿Por qué? Creí que ya no oiría más su voz.

—Me he creído obligada a recordarle nuestra cita por si la hubiera olvidado.

—No la olvidé.

—Gracias.

—Pero no pienso acudir a ella.

—Es una pena, señorita Jourdan, porque le iba a facilitar la prueba.

—¿A qué prueba se refiere?

—La que necesita para cerciorarse de que Ben es un asesino.

—Oiga, señora Cavanagh... Si tiene esa prueba le puedo hacer una recomendación y es gratuita. Acuda a la policía. Ellos son los más indicados para resolver su problema.

No podía resistirlo más. ¿Qué clase de juego se llevaba entre

manos aquella mujer? Pero ¿por qué hacía eso? Porque sólo había una explicación. Estaba loca.

Pensó en Vivien. ¿Por qué no? ¿No había sido ella quien había demostrado más deseos de que se marchase, de que no se casase con Ben...? Qué tonta había sido. Tenía que ser Vivien. Estuvo a punto de reír. Aquella mujer huesuda era el fantasma. Claro, había sido muy fácil para ella localizarla, en el hotel y, más tarde, en la posada de Los Tres Caballos.

El fantasma de Sarah era el ama de llaves de Ben. No debía temer nada.

Miró el parque. ¿Por qué no acudía a la cita? De paso, desenmascararía a Vivien. Sí, eso sería mejor. Acabaría de una vez con aquella pantomima y, cuando eso hubiese ocurrido, se marcharía y le pediría perdón a Ben.

Ahora se daba cuenta más que nunca de que no lo amaba.

¿Acaso se había vuelto a enamorar de Jean?

Su mente era un enjambre de ideas, y todas saltaban allí como los granos de maíz en una sartén.

Debía acudir a la cita.

Se quitó los zapatos y los apretó contra su pecho mientras se acercaba a la puerta.

Abrió ésta y miró fuera. El corredor estaba solitario.

Salió de la habitación y caminó hacia la escalera. Asomó la cabeza.

Vio el vestíbulo poco iluminado. Las dos armaduras eran como dos extraños, prestando guardia para que nadie escapase.

Empezó a bajar los peldaños poco a poco, arrimada a la pared.

Pasó junto a una de las armaduras. Por un momento pensó que una de ellas había movido el brazo. No, no podía ser. Ben le había levantado el yelmo para demostrarle que allí no había nadie. Era sólo una ilusión suya. Estaba asustada y debía reponerse.

Al fin llegó al vestíbulo. Sólo tenía que abrir la puerta y salir. Lo hizo con mucho cuidado, sin hacer ruido.

La niebla penetró a jirones por el hueco.

Sintió una picazón en la garganta y contuvo los deseos de toser mientras salía.

Cerró a su espalda. Ya estaba en el jardín.

Apenas se podía ver a medio metro.

Recorrió el camino y empujó la verja. Todo le estaba saliendo bien. Ahora sólo tenía que cruzar la calle para encontrar el parque.

De repente, una mano la atrapó por el brazo.

La joven se volvió dando un grito.

—Una limosna, por el amor de Dios —dijo una voz quejumbrosa.

—Perdone, dejé el bolso en casa —contestó Colette al hombre que la miraba con ojos hundidos en las cuencas. Luego, se apartó de él y echó a correr.

Llegó ante una farola y se detuvo porque sentía punzadas en los costados.

Allí estaba el banco. No había nadie.

Oyó pasos que venían de la derecha y miró hacia aquel lado. Tenía unos grandes deseos de gritar. Podía ser el fantasma de Sarah Coward.

—Buenas noches, señorita.

Colette se quedó paralizada.

Era un policía.

—Buenas noches, agente.

—Hace una noche muy húmeda, señorita.

—Sí, hay bastante humedad.

—Y usted está sin abrigo. Va a pescar un resfriado.

—Sólo vine para estar un momento. Necesitaba respirar un poco de aire.

El policía hizo un saludo y siguió su ronda desapareciendo entre la niebla.

Colette sintió un escalofrío. ¿Por qué no le había dicho al policía que se quedase junto a ella porque prefería su compañía para recibir al fantasma?

No podía decirle eso por la sencilla razón de que la habría tomado por loca.

Oyó una campanada.

Consultó su reloj. Eran las doce.

Sí, el policía tenía razón. La humedad la estaba congelando hasta los huesos.

Cuatro campanadas, cinco...

«Jean, ¿dónde estás...? ¿Por qué no viniste a mi lado...? Podíamos estar juntos hablando de nuestras cosas, de otros tiempos,

del presente y del futuro...». Nueve campanadas. Diez...

«Perdóname, Ben, pero yo no puedo ser una londinense. Con esa niebla, con esa casa y con esa ama de llaves, ¿cómo quieres que viva a tu lado...? Dios mío, tendríamos monstruitos...».

Doce campanadas...

¿Qué haría ahora? ¿Se pondría a contar corderitos...? Oh, no, se pondría a dormir...

¿Qué tontería estaba pensando? No dormiría allí ni aunque la anestesiasen.

Oyó un suave roce sobre la arena del parque. Alguien andaba por allí.

Entre la niebla destacaba algo blanco, como un vestido.

Tenía figura humana.

Era una mujer.

Estaba avanzando hacia ella.

Colette abrió la boca. Tenía grandes deseos de gritar. Ahora le estaba viendo la cara. Era Sarah Cavanagh. Tenía grabado el rostro de la mujer del cuadro, en la biblioteca, la habitación favorita de Ben Cavanagh. Era aquella mujer, la primera esposa de Ben, a la que él había envenenado mezclando el arsénico con la leche.

Ella se detuvo enfrente, a unos cinco pasos.

—Buenas noches, señorita Jourdan.

—Bue... buenas noches.

—Gracias por haber venido.

—No hay... de qué...

—Está temblando...

—Perdone, pero es la primera vez que hablo con un...

—Acabe. Iba a decir con un fantasma.

—Sí, pero usted no debe molestarse, puesto que está llena de ectoplasma por todas partes.

—Siéntese, señorita Jourdan.

—Estoy muy bien de pie.

—He dicho que se siente.

—No hace falta que andemos con protocolos... Si me caso con Ben, dentro de poco seré como usted porque también a mí me asesinará.

—No me haga repetir la orden. Siéntese.

—Sí, señora... ahora mismo me siento. Colette se sentó en el

banco.

—Está muy cansada, señorita Jourdan.

—No lo crea.

—Está muy cansada —repitió su interlocutora—. No, no lo estoy. Le aseguro que no. Dormí esta tarde.

—Cierre los ojos.

—Oiga, ¿para qué me trajo aquí? ¿Para dormirme o para darme la prueba contra Ben?

—Sí, tiene razón. Se la voy a dar enseguida.

Aquella mujer hizo desaparecer su mano en el interior del vestido.

Echó a andar hacia Colette.

La joven vio sus ojos rasgados, verdes. Su cutis es taba muy pálido. Era muy hermoso y muy bello el fantasma de la señora Cavanagh.

Sarah abrió la boca dejando ver unos dientes como perlas.

Sacó la mano de su vestido y Colette quedó petrificada al ver que Sarah empuñaba un cuchillo de carnicero.

—Aquí tienes la prueba, Colette Jourdan... ¡Muere, maldita!

CAPÍTULO XI

El brazo armado con el cuchillo bajó como una centella sobre Colette.

La joven saltó en el último momento y el cuchillo se clavó en la madera.

Colette lanzó un grito y echó a correr.

—¡Espera! ¡Ven aquí! —exclamó Sarah—. Te falta la prueba...

—La prueba se la va a dar a su abuela —contestó Colette despavorida.

Sintió los pasos de la mujer a su espalda y creyó que se moría.

Sarah Cavanagh no necesitaría matarla porque se iba a morir del susto. De un momento a otro, su corazón dejaría de latir.

Tropezó con alguien en la niebla. Unos brazos fuertes la sujetaron.

Gritó otra vez mientras alzaba los ojos. Era Ben.

—¿Qué te pasa, Colette?

—¡El fantasma!

—¿Qué fantasma?

—¡El de tu mujer...! ¡Me quiso acuchillar...!

—¿Has bebido más *whisky*?

—No, Ben, te lo juro no he probado una gota. Y además me haré de la Liga Antialcohólica.

—¿Estás desvariando?

—No, te aseguro que no... Marchémonos de aquí antes de que tu mujer nos degüelle a los dos.

—Deja de decir insensateces.

—Te aseguro que no son insensateces. La he visto.

—Sarah está muerta.

—La vi con mis propios ojos y nadie me obligará a decir lo

contrario. Creo en los espíritus, creo en los ectoplasmas...

—Vuelve en ti, Colette —dijo Ben mientras la zarandeaba.

Colette se puso a sollozar.

—Ben, por lo que más quieras, ella nos puede atrapar.

—Aquí no hay nadie. Estamos solos.

Colette volvió la cabeza y observó el lugar donde pocos minutos antes se había entrevistado con Sarah.

—¿Estás convencida ya? —preguntó Cavanagh.

—Ben, te juro que era ella.

—Volvamos a casa. Estás muerta de frío.

Le pasó la mano por los hombros y la apretó contra sí.

Los dos echaron a andar mientras a Colette le castañeteaban los dientes.

El mayordomo Chester abrió la puerta como si los estuviese esperando.

—¿Ocurre algo, lord Cavanagh?

—Nada, Chester. Prepara para la señorita algo caliente.

—Sí, señor.

Ben y Colette fueron a la biblioteca.

En la chimenea ardía un gran leño.

Ben dejó a Colette en un sillón, el más cercano al fuego.

—¿Por qué saliste?

—Tenía una cita con ella.

—No es posible.

—Sí, Ben, ella me citó en el banco del parque... Y hace un rato, cuando estaba arriba, en el dormitorio, me hizo otra llamada para recordármelo... No ha sido una ilusión mía... ¿Lo oyes, Ben? —La joven se levantó señalando el retrato de la pared—. Era ella, la vi muy bien.

Ben cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Dios mío...

—Ben, ¿qué misterio hay en tu vida?

—No hay ningún misterio...

—Es absurdo que ahora me digas eso, Ben... Sé muchas cosas de ti.

—¿Qué cosas?

—Es algo horrible de lo que no me gustaría hablar. —Entonces, cállate.

—Ya no puedo silenciarlo...

—Está bien. Dilo de una vez. ¿Qué es? —Se refiere a la muerte de tu mujer—. Continúa.

—Tu mujer murió... envenenada.

—¿Eh?

—La mataron con arsénico.

—Qué tontería.

—Mezclaron el arsénico con la leche...

Ben estalló en una carcajada y se cubrió la cara con las manos.

Colette lo miró asombrada.

—¿Lo encuentras gracioso?

—Sí, no te lo puedes imaginar.

Ben dejó las manos sobre la cara y miró a Colette por entre los dedos.

—Fue ella quien te lo dijo... Esa mujer que te llama por teléfono.

—Sí.

—Es una estupidez. Vivien quería mucho a Sarah. Nunca la podría matar.

—No se trata de Vivien.

—¿De Chester?

Las pupilas de Ben centellearon.

—Tampoco.

Bajó los brazos y los dejó colgar junto a los costados.

—Ya no queda nadie en la casa, excepto yo...

Colette guardó un silencio.

Ahora la cara de Ben se fue crispando.

—Así que, es eso... Yo asesiné a mi mujer mezclando arsénico en su vaso de leche.

—Sí, Ben.

—¿Y por qué la iba a matar?

—No lo sé.

—¿No te lo dijo ella también?

—No, no me lo dijo... Quiero que seas tú quien lo explique.

—¿Es que crees de verdad que soy un asesino?

—Han pasado muchas cosas, Ben. Al principio me negué a creer que hubieses matado a Sarah, pero ahora ya no sé lo que debo y lo que no debo creer...

—No maté a Sarah... ¿Lo oyes...? ¡No la maté...! Murió de su enfermedad...

—¿Por qué entonces hiciste quemar el cadáver de tu mujer?

—¿Cómo?

—Tú ordenaste que lo incinerasen.

—Sí, lo hice, pero fue ella quien lo deseó. Quise respetar su última voluntad... Ya entiendo. Crees que de esa forma destruía la prueba de mi delito...

—Te repito que estoy confusa... repuso ella con un hilillo de voz. —Pero lo que pasó en el parque fue real.

—No pasó nada.

—¿Vas a negar lo que vieron mis ojos?

Llamaron a la puerta y los dos guardaron silencio.

Chester entró con una bandeja, sobre la que descansaba un vaso de leche humeante.

Colette sintió que su corazón le golpeaba más fuerte contra las costillas.

Bien, Colette, ha llegado tu hora. Ahí lo tienes. El vaso de leche. Y naturalmente, tiene arsénico. Claro, no pueden dejar que vivas un minuto más. Has visto a Sarah y como ella intentó matarte con el cuchillo. Todo se ha complicado mucho. El mayordomo avanzó hacia la joven y se detuvo muy cerca.

Se inclinó para que ella tomase el vaso de leche.

Pero Colette continuaba rígida, sin hacer un pestañeo.

Ben llegó a su lado.

—Querida, bebe leche.

Colette lo miró a la cara y observó una suave sonrisa en sus labios.

—Perdona, Ben, pero no me gusta la leche.

—Te hará entrar en calor. Está muy caliente.

Colette pensó: «¿Por qué no lo dices de una vez, Ben? ¿Por qué no dices que está muy caliente y que está muy envenenada y que con ella me mandarás al otro mundo como hiciste con Sarah?».

—No, Ben, no beberé esa leche... He dicho que prefiero el *whisky*. Entraré en calor más pronto.

—Ya lo has oído, Chester... Puedes retirarte.

—Sí, señor —dijo el mayordomo.

—Pero deja el vaso de leche en la mesa. Quizá la señorita

Jourdan cambie de opinión y termine por bebería.

—Desde luego, señor.

El mayordomo se acercó a la mesa y dejó la bandeja con el vaso de leche.

Luego, se retiró.

Ben se acercó al mueble-bar y preparó dos *whiskys*.

Con un vaso en cada mano, volvió junto a la joven.

—Te aseguro que no está envenenado —dijo—. Me has visto ponerlo de la misma botella y yo beberé primero.

En su tono había mucho sarcasmo.

Bebió un trago.

Entonces, Colette tomó su vaso y ella también bebió.

Cielos, daría cualquier cosa por estar ebria otra vez, como aquella tarde. Pero, desde luego, también deseaba estar muy lejos de allí. —Será mejor que te vayas a la cama— oyó decir a Ben.

—Prefiero marcharme...

—Tienes que cumplir lo que dijiste.

—¿Crees que puedo hacerlo ahora?

—No seas una chiquilla tonta. Te acompañaré a tu habitación.

—¿Por qué prolongar más esto, Ben? Puedo darte ahora la respuesta definitiva. —Quedamos en que lo harías mañana. No quiero escucharte en este momento.

Colette quedó indecisa unos instantes.

Los ojos de Ben estaban coléricos.

«Cuidado, Colette, ¿quién es la persona anormal aquí? Si es él, te expones a que te degüelle. Ha intentado hacerte beber ese vaso de leche, pero tú lo has rechazado. Entonces, tendrá que emplear otro medio, Sarah falló con el cuchillo pero él no lo haría. Es mucho más fuerte que tú».

—Está bien, Ben. Me iré a dormir. Creo que lo necesito mucho.

—Sí, querida.

—No te molestes en acompañarme. Ya sé el camino. —No es ninguna molestia.

Los dos salieron de la biblioteca.

Subieron por la escalera.

Llegados ante el dormitorio en el que dormirían juntos cuando estuviesen casados, ella se volvió.

—Buenas noches, Ben.

—Que descanses.

La joven entró en la habitación y cerró la puerta. Ben quedó quieto unos instantes.

Por fin, echó a andar por el fondo del corredor. Allí a la izquierda había una puertecita.

La abrió. Ante él había otra empinada y estrecha escalera. Subió por ella.

Arriba, entró en una habitación sin llamar.

La mujer que estaba sentada en el borde de la cama se levantó de un salto.

Los dos se miraron.

Ella era como la mujer del cuadro de la biblioteca y se cubría con aquel mismo vestido vaporoso.

—Ben, ¿qué te pasa? —dijo ella—. ¿Por qué me miras así?

—Tengo motivos para estar enfadado contigo. ¿Por qué lo has vuelto a hacer? ¡Dímelo, maldita sea...!

CAPÍTULO XII

Jean Savage apretó el timbre de la librería de la calle Dickens, en Edimburgo.

Al otro lado de la puerta había un cartel que decía «Cerrado», y estaba a oscuras.

Volvió a llamar.

De pronto se iluminó el negocio.

Vio las estanterías con libros y un hombre vino por la derecha. Frisaba en los cincuenta años de edad, era de cabello rojizo y defendía los ojos con lentes de alta graduación. Abrió la puerta.

—¿Qué desea?

—¿Señor Arliss?

—Sí.

—Necesito hablar con usted. Soy Jean Savage. ¿Puedo pasar?

—Disculpe, pero sería mejor que volviese mañana. Justamente iba a casa de un amigo. Oímos conciertos de música sinfónica. Me gusta ser puntual.

—Terminaré enseguida, señor Arliss. Acabo de llegar de Londres en avión y necesito volver enseguida...

—Está bien —lo invitó con la mano a que entrase—. Iba a tomar un poco de té antes de salir. ¿Quiere una taza?

—Sí, gracias.

Entraron en una habitación adyacente, muy acogedora.

John Arliss sirvió dos tazas de té.

—¿De qué quiere hablarme, señor Savage?

—De Sarah Coward.

—¿De Sarah Coward? Es curioso. Me llamaron desde Londres para preguntarme sobre ella.

—Sí, fue una amiga mía. Yo he venido para concretar los datos,

señor Arliss.

—No entiendo, ya dije lo que sabía acerca de ella.

—¿Conoció usted al hombre que se casó con Sarah?

—No.

—¿No le contó ella la forma en que se conocieron?

—Sarah era muy reservada con respecto a su vida privada y a mí no me gusta meterme en los asuntos de mis empleados. Me refiero a los problemas ajenos al trabajo.

—Sin embargo, ella podría tener algún amigo más íntimo.

Arliss permaneció unos momentos pensativo. Bebió un sorbo de té.

—No estoy muy seguro de que alguien le pueda informar a ese respecto. Pero cierta vez vi a Sarah con uno de nuestros clientes. Salían del cine.

—¿Quién es el cliente?

—Un transportista. Spencer King. Tiene su negocio en esta misma calle, en el número 312.

—Quizá lo visite. Pero, dígame, señor Arliss, ¿dónde vivía Sarah?

—Tendré que consultarlo en mi cuaderno. Espere un momento.

John Arliss fue hasta una mesa. Abrió un cajón, y sacó un cuaderno. Examinó unas hojas y al fin dijo:

—Sarah vivía en la pensión Lindford, calle Ramsay, setenta y siete.

Jean Savage había bebido sólo la mitad de su té.

—Gracias por todo, señor Arliss.

Spencer King resultó ser un hombre alto, moreno muy fuerte.

* * *

—¿Sarah Coward? —dijo cuando Savage le preguntó—. Fue una pena lo que le pasó. Una hermosa mujer... ¿Sabe que quise casarme con ella? Pero me dio calabazas. Sí, señor, fue la primera mujer que me dio calabazas... Bueno, la verdad es que hasta ahora no le he vuelto a pedir a nadie que se case conmigo.

—¿Cómo era Sarah, señor King?

—Una chica simpática, y alegre. Bueno, había momentos en que no lo era tanto.

—¿Qué quiere decir?

—Sufría depresiones. Era un poco rara en ese aspecto. Por ejemplo, salíamos una tarde para cenar, bailar o ir al cine. Era una muchacha encantadora, y, de pronto, en el momento más inesperado, se volvía retraída... Esa transición no era lenta, sino brusca. Yo ya la conocía y, no valía para nada que le colocase los mejores chistes. Sarah quería irse a casa. Entonces, yo me apresuraba a obedecerla. La llevaba a la pensión de la señora Lindford, donde nos despedíamos. Tenía también una cosa buena y era que ella me llamaba cuando deseaba salir conmigo.

—¿Salía muchas veces con usted?

—Al menos una vez por semana.

—¿Le habló alguna vez de Ben Cavanagh?

—No. Aquello fue repentino. Un día me llamó por teléfono y me dijo que se iba a casar... Pensé que sería algún muchacho de la ciudad y le dije a Sarah que me dijese su nombre porque le iba a romper a él las narices. Entonces me contestó que se trataba de un noble, un auténtico lord, un tal Cavanagh... Bueno, le deseé mucha felicidad. Fue la última vez que hablé con ella. Luego me enteré por los periódicos de su muerte.

—¿Estaba enferma Sarah?

—Oh, no. Quiero decir que yo nunca le noté nada, salvo esos cambios bruscos de que le hablé antes... Algunas veces, en verano, nos íbamos a bañar a la piscina. Ella se ponía un bikini. Tenía un cuerpo maravilloso. Le aseguro que no padecía ninguna enfermedad. La chica era completa de la cabeza a los pies.

Savage le dio las gracias y se dirigió a la pensión de Doris Lindford. Ésta era una mujer de unos treinta y cinco años, una rubia muy esbelta.

—Claro que me acuerdo de Sarah. Fue una huésped modelo. Está prohibido traer hombres a la pensión y Sarah jamás tuvo que dar de hablar a ese respecto. Era muy simpática, aunque de vez en cuando le preocupase mucho su pariente, el que estaba en el hospital.

—¿A qué pariente se refiere?

—Nunca me lo dijo. Iba a verlo todos los sábados. —¿A dónde iba, señora Lindford?—. A Milford.

—¿Sabe el nombre del hospital? —Clínica del doctor Callander.

—¿A qué distancia está Milford?

—A unas veinte millas.

—Gracias, señora Lindford.

Jean alquiló un taxi que lo llevó a Milford.

La clínica del doctor Callander estaba en las afueras. Era un edificio moderno.

La enfermera que estaba en la recepción era una pelirroja de nariz pecosa y cara simpática.

* * *

El joven presentó sus credenciales.

—Soy Jean Savage, corresponsal del diario *Le Matin*, de París. Necesito información acerca de un pariente de Sarah Coward que estuvo aquí internado hace tres años.

—Perdone, señor Savage, pero antes de darle la información debo consultar con el doctor Callander.

—Desde luego.

La enfermera tomó un teléfono y marcó un número.

—¿Doctor Callander...? Aquí hay un periodista, el señor Jean Savage. Quiere información de uno de nuestros pacientes... Sí, doctor —después de colgar agregó—. Suba a la primera planta, en el ascensor. Cuando salga, encontrará el despacho del señor Callander a la derecha.

Poco después, Jean era introducido por otra enfermera en el despacho del doctor Callander, un hombre de unos cuarenta y cinco años, delgado, de cabello color de la paja y ojos azules.

Jean explicó nuevamente el motivo de su visita.

El doctor Callander tabaleó en la mesa.

—¿Puedo preguntarle para que quiere su información, señor Savage?

—Todavía no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Le explicaré, doctor Callander. Una amiga mía cree recibir llamadas telefónicas de una muerta, de Sarah Coward.

—Alucinaciones, ¿eh?

—Es posible.

—El caso es que aquí no tuvimos como paciente a Sarah

Coward, sino a su hermana.

—¿Su hermana...?

—Sí, Priscilla Coward.

—¿De qué sufría Priscilla Coward?

—Le responderé con palabras que usted pueda comprender, ya que las mías podrían ser un poco complicadas.

—Sí, doctor Callander, se lo agradezco.

—Priscilla Coward sufría de perturbaciones mentales.

—¿Desde cuándo, doctor?

—Fue Sarah la que la trajo aquí, y según nos explicó, Priscilla sufría esas perturbaciones desde los ocho años de edad.

—¿Cuándo vino aquí?

—Hace unos siete años.

—Me imagino que aún continuará aquí.

—No, señor Savage. Salió hace tres. Sarah vino por ella. Dijo que se iba a casar y que se la llevaba.

—¿Ha vuelto a saber algo de Priscilla Coward?

—No.

—¿Y de Sarah?

—Uno de nuestros doctores me dijo que había muerta hacía poco.

—Cuando Priscilla salió de aquí, ¿se encontraba mejorada de su dolencia?

—Había mejorado mucho, pero no estaba curada.

—¿Le dijo Sarah que la iba a internar en otra parte?

—Sí, eso fue lo que dijo. Que se iba a casar con un lord y que tenía dinero suficiente para internarla en una clínica londinense. Sarah explicó que quería tener cerca a su hermana y que Milford la pillaba muy retirado de Londres. Comprendí sus razones.

—Doctor, ¿era peligrosa Priscilla?

El doctor Callander tomó una llave de su escritorio y la sopesó.

—Verá, señor Savage. Priscilla pertenecía a una clase de enfermos que, normalmente, son ponderados, pero, en ciertos momentos, cuando influye sobre ellos una emoción muy fuerte, se transforman en sujetos irritables... Entonces pueden resultar peligrosos. Con ello creo que he contestado a su pregunta.

—Sí, doctor. Ha sido muy amable.

—Espero que no mencione el nombre de la clínica en su

información.

—Puede estar tranquilo a este respecto, doctor. Ni siquiera habrá información. Buenos días.

Jean se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, señor Savage.

—¿Sí, doctor?

—No sé si sabe usted algo que podía ser importante.

—¿A qué se refiere?

—Sarah y Priscilla Coward eran hermanas gemelas.

Jean Savage se quedó clavado junto a la puerta.

—Gracias, doctor. Lo ignoraba y, como usted dijo, quizá sea importante.

CAPÍTULO XIII

—¡Nadie ocupará el puesto de mi hermana!

—No sabes lo que dices, Priscilla.

Ben Cavanagh apretó los maxilares. Sus ojos estaban llenos de cólera.

—Te advertí que te estuvieses quieta, Priscilla.

—Yo no puedo consentir que te cases otra vez.

—No es asunto tuyo. Quise mucho a Sarah, la quise con todas mis fuerzas. Pensé que era la mujer ideal para darme un heredero, pero el cielo no lo quiso así. —Tienes que seguir amándola...

—Priscilla, tú tienes que hacerte cargo de que la vida sigue, de que continúa para todos, incluso para mí. Quiero un hombre en la familia, alguien que lleve nuestro apellido, él será lord Cavanagh... No se puede extinguir el apellido conmigo. ¿Es que no se te mete eso en la cabeza?

—Sarah era maravillosa.

—Ya sé que lo era.

—Nadie puede usurpar su puesto.

—Escucha, Priscilla, yo sigo queriendo a Sarah.

—Es mentira...

—Te lo juro.

—Entonces, ¿por qué trajiste a esa mujer? ¿Por qué quieres casarte con ella?

—Ya te lo he dicho —exclamó Ben desesperado—. Necesito un heredero.

—Te has enamorado de ella, de esa francesa...

—No, no estoy enamorado de Colette.

—Entonces, podrás renunciar fácilmente a ella...

—No renunciaré.

—Tendré que cumplir mi misión.

—¿Qué misión?

—Acabar con ella.

—Nadie te ha confiado esa misión.

—Te equivocas, ella me lo dijo.

—¿A quién te refieres? ¿A Sarah?

—Sí, a Sarah.

—¿Y cuándo te lo dijo, si puede saberse?

—Me lo susurró al oído hace tres noches...

—Sarah está muerta, ¿lo oyes? Y no me repitas tú también que está viva... que ha salido de su tumba... No pudo hacerlo, ¿y sabes por qué? Porque la convertí en cenizas.

Priscilla agrandó los ojos.

—¿Eso hiciste con ella? ¿La quemaste?

—Sí.

—No sabía eso. ¡No lo sabía!

—Pues ya estás enterada.

Priscilla estaba sobrecogida, pasándose las dos manos por el cuerpo.

—Dios mío, no puedo creerlo... Sarah, pasto de las llamas, quemándose poco a poco, lentamente...

—No sintió como se quemaba porque estaba muerta y tampoco fue un trabajo lento. Sarah ardió en un horno crematorio...

—¡No debiste hacer eso...! ¡Sarah no lo merecía...! Me engañaste. Dijiste que ella tenía su tumba... Me prometiste que algún día me llevarías.

—No puedo llevarte porque no existe esa tumba.

—¡Sarah...! ¡Sarah! —gritó Priscilla, mirando a su alrededor—. ¿Dónde estás? Háblame.

Dime que él miente, que él no pudo hacerte eso. ¿Me oyes, Sarah?

—Eres una estúpida, Sarah no puede hablarte.

—Sarah lo hará, soy su hermana. Nos quisimos mucho. Tiene que hablarme... Sarah, ¿me escuchas?

Ben Cavanagh soltó una carcajada.

—Anda, sigue llamándola... Ella nunca podrá hablar contigo, ¿lo oyes bien? ¡Nunca!

Priscilla dio un chillido y se arrojó sobre la cama.

Ben la vio levantarse blandiendo un cuchillo de larga y afilada hoja.

—Deja eso, Priscilla.

Priscilla respiraba entrecortadamente.

—Yo haré justicia.

—Tú te estarás quieta.

—Te voy a matar, Ben Cavanagh... Y luego quemaré tu cuerpo... Si, lo haré arder hasta los huesos.

—Suelta ese cuchillo y acuéstate. Necesitas descansar.

—No. Primero he de matarte.

—Estás loca, ¿lo oyes? He debido mandarte hace mucho tiempo al manicomio. Es allí donde debes estar... Y si no me obedeces, juro que mañana mismo te envío a una celda...

¿Te gustaría eso, Priscilla?

—No, no quiero ir a una de esas clínicas.

—¡Entonces!, será mejor que me obedezcas. De lo contrario me vengaré de ti.

—No, Ben, ya no podrás vengarte de mí porque cuando estés muerto no podrás hacerme daño... ¡No podrás!

Priscilla se abalanzó sobre Ben. Éste se echó a un lado burlando la acometida.

El cuchillo rozó su costado.

—¡Maldita! —dijo, y le soltó un puñetazo en el maxilar.

Priscilla se tambaleó hacia la cama.

Ben Cavanagh la siguió y la volvió a golpear con el otro puño.

Priscilla lanzó un grito y dejó caer el cuchillo.

Se derrumbó sobre la cama y se puso a sollozar.

Ben Cavanagh se mojó los labios con la lengua.

—Ya estoy cansado de advertírtelo, Priscilla. Ha sido la última jugarreta que me has hecho. Mañana llamaré a los loqueros para que te lleven...

—No, por favor, Ben...

—No me has dejado opción... Te dije que dejases de llamar a Colette, que acabases de una vez con esa estúpida comedia de que tú eres Sarah. Sólo has conseguido que esa muchacha esté muerta de miedo... La has atormentado con tu estúpida maquinación...

Pero ya ves lo que lograste, ella no se fue... Sigue aquí, ¿lo entiendes? No lograrás apartarla de mi lado...

—Ben, me comportaré bien.

—Lo mismo has dicho otras veces.

—Esta vez mantendré mi palabra.

—Me prometiste esta mañana que dejarías en paz a Colette y no has cumplido... La citaste en el banco del parque. Estuviste a punto de matarla. ¿Te das cuenta? Ella es la mujer que quiero por esposa y tú la ibas a matar... No puedo correr ningún riesgo. Tú y Colette no podéis estar en la misma casa.

En aquel momento se abrió la puerta a espaldas de Ben Cavanagh. Éste volvió la cabeza.

En el hueco estaba Vivien.

—¿Qué haces aquí, Vivien?

—¡Era importante que yo viniese aquí!

—Lárgate a tu habitación.

—No, señor Cavanagh. He dicho que mi puesto está aquí.

—¿También tú te has vuelto loca?

—No, señor Cavanagh. Yo no lo estoy.

—Muy bien, entonces, obedece.

—No puedo marcharme porque ha llegado el momento de que usted rinda cuenta de sus actos, lord Cavanagh.

—¿Qué estás diciendo, estúpida?

—Siempre lo respeté, siempre lo obedecí... Usted era el dueño de la casa. Un hombre al que yo había sentado en un trono. Pero usted no merecía eso... Ha demostrado que no lo merece.

—Ya basta, Vivien...

—Durante estos últimos años he tratado de olvidar. Lo que usted había hecho era demasiado horrible... Me decía a mí misma que usted era lord Cavanagh y que todo lo que hiciese estaba bien hecho... Me lo seguía repitiendo a pesar de mis pesadillas.

—Óyeme bien —dijo Ben, apuntándola con el dedo índice—. Ya estoy cansado de tu absurda charla. ¡Te ordeno que te calles!

—No he dicho todavía lo que tengo que decir.

—¡No me interesa lo más mínimo!

—A Priscilla le puede interesar porque ella no lo sabe.

Priscilla saltó del lecho.

—¿A qué te refieres, Vivien...? ¿Qué es lo que debo saber?

—Lo que pasó con Sarah, la forma en que murió.

—El me lo acaba de decir. Murió abrasada.

—No, Priscilla. Fue incinerada después de muerta. Yo me refiero a la forma en que murió. Te aconsejé que hablastes con Colette. Te dije que inventaríamos algo. Que tú le dirías que Sarah había sido envenenada con arsénico. Ahora ha llegado el momento de decirte que no fue ninguna invención. Fue la verdad... Este hombre, Ben Cavanagh, mató a tu hermana, la asesinó.

—¡Maldita seas, Vivien! —gritó Ben Cavanagh—. ¡Te dije que cerrarás la boca!

—Y yo le advertí al señor que debía decir la verdad.

Priscilla estaba con la boca abierta.

—¿Tú? ¿Tú la mataste, Ben?

—¡Sólo es una calumnia de Vivien! ¿Cómo iba a matarla yo si la quería más que a nada en el mundo?

—La asesinó porque le traicionaba —dijo Vivien.

—¡No! —gritó Ben.

—Sí, lord Cavanagh.

—¡Te voy a estrangular, Vivien! ¡Juro que te voy a estrangular!

Vivien quedó inmóvil, sin retroceder un solo paso.

Cavanagh tenía los ojos inyectados en sangre.

—Escucha, Vivien... Si no te marchas ahora mismo de aquí, te aplastaré.

—Sarah lo traicionaba con su chófer, Dick Burke. —¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Usted sabe que lo es. Sarah se enamoró de él.

—¡Cállate!

—Usted los descubrió. —No pasó nada de eso.

—Sorprendió a la señora con su chófer en la habitación de él... Fue entonces cuando despidió a Dick Burke. Le dio veinticuatro horas para que abandonase la casa... Usted llegó a un acuerdo con él... Tenía que decir que se marchaba a Australia.

—Fue una decisión suya.

—No, lord Cavanagh. Usted inventó aquello porque le era necesario para matarlo. Ben no pronunció palabra alguna, aunque siguió mirando a Vivien.

Ella prosiguió:

—Usted mató a Dick y lo enterró en el jardín de atrás, cerca del olmo chino... Yo lo vi todo... Vi cómo arrastraba usted el cadáver... Lo hizo muy bien, o al menos creyó hacerlo... Dick se había

despedido ya de nosotros... Enterró el cadáver en la madrugada, pero yo lo vi todo desde mi ventana... Y tres días más tarde, mató a su esposa... Llegó a la cocina y me pidió el vaso de leche para la señora... Usted salió de allí, pero yo le seguí... No hago ruido al andar. Desde que supe que había matado a Dick, pensé que quizá había perdonado a la señora. Pero, cuándo aquella noche me pidió el vaso de leche, pensé que algo malo le iba a ocurrir a la señora Cavanagh... Usted se detuvo en el corredor, sacó algo del bolsillo y lo vertió en el vaso de leche. Debí intervenir en aquel momento y decirle que la señora no merecía morir.

—¡Lo merecía! —gritó Ben Cavanagh.

—Todos cometemos alguna falta.

—Ella me engañó miserablemente con Dick Burke. ¿Lo oyes bien? ¡Con un chófer! ¡Con un miserable gusano! Yo era lord Cavanagh, su esposo... No podía consentir aquella traición.

Priscilla estaba muy pálida.

—Dios mío... Tú la mataste, la asesinaste, Ben...

—Está bien, sí, yo acabé con la vida de tu dulce, abnegada y maravillosa Sarah... ¡Y lo volvería a hacer mil veces...! ¿Lo oyes? Mil veces si me encontrase en las mismas circunstancias. Ya estoy harto de esa comedia que habéis representado para Colette. Te mandaré a una clínica, Priscilla, y en cuanto a ti, Vivien, también voy a acabar contigo.

—Se equivoca, señor Cavanagh, es a usted a quien le ha llegado la hora.

—¿Qué dices, insensata?

—Priscilla y yo lo vamos a matar.

—¿Tú y Priscilla? Pero ¿qué clase de estupidez estás diciendo?

Priscilla se agachó rápidamente y atrapó el cuchillo del suelo.

Ben vio brillar la hoja. Se asustó un poco.

—Priscilla, esta mujer no sabe lo que dice...

—Sí, lo sabe. Tú lo has admitido. Asesinaste a Sarah después de matar a Dick Burke... Tú acabaste con mi hermana.

Ben Cavanagh se volvió hacia Vivien.

—Quítate de ahí, Vivien.

—No.

—¡He dicho que te apartes!

Sin embargo, Vivien siguió cubriendo el hueco.

Ben saltó sobre ella.

Vivien atrapó a Ben por las muñecas y le soltó un empujón hacia el interior del cuarto.

Ben Cavanagh perdió el equilibrio y golpeó una rodilla en el suelo.

Estaba asombrado porque acababa de descubrir la tuerza de Vivien, de aquel cuerpo casi todo huesos.

Priscilla dio un paso hacia él levantando la mano con el cuchillo...

—¡Vivien...! ¡Dile que se esté quieta!

Pero Vivien no pronunció una sola palabra.

Priscilla dio otro paso.

Ahora su cara era la de una loca, los ojos agrandados, la boca abierta, los labios babeantes.

Ben se levantó de un salto y corrió otra vez hacia la puerta.

Trató de darle un puñetazo a Vivien, pero ésta lo sujetó por las muñecas. Esta vez no lo empujó. Hizo un movimiento rápido y lo atrapó por los brazos. Luego, lo hizo girar.

De ese modo, Ben Cavanagh quedó enfrentado a Priscilla, que seguía avanzando hacia él.

—¡No, Vivien! —exclamó.

Trató de forcejear para soltarse, pero las manos de Vivien era como garras de acero.

Priscilla hundió el cuchillo en el vientre de Ben y éste lanzó un aullido de dolor.

Ya no hizo fuerza para librarse de Vivien.

Luego, el cuchillo entró tres, cuatro veces en el cuerpo de Ben Cavanagh.

CAPÍTULO XIV

Colette no estaba dispuesta a pasar una noche más en aquella casa.

Intentaría escapar otra vez. Pero naturalmente, no se detendría en el parque.

Pero ¿y si la descubrían en su camino a la puerta?

Tenía una solución. Hasta ahora no había querido llamar a Jean.

Descolgó el teléfono, pero no daba la señal. Golpeó la horquilla.

Cielos, estaba aislada. Habían interrumpido la comunicación.

Eso debía ser cosa de Ben.

Se dirigió hacia la puerta. Hablaría con Ben, lo buscaría.

Ya no le importaba lo que él dijese con respecto a quedarse allí.

Puso la mano en el tirador y lo hizo girar.

Entonces, se dio cuenta de que había sido encerrada con llave.

Se sintió llena de ira y golpeó la puerta con los dos puños.

—Ben..., quiero que me abras. No soy tu prisionera.

No le llegó ninguna respuesta.

Volvió a golpear la puerta.

Al fin, tuvo que detenerse porque se encontraba sin fuerzas.

Podría gritar hacia la calle desde la ventana. La oirían. Por allí debía estar aquel policía que había encontrado en el parque.

Sería una buena solución.

Fue a la ventana y trató de abrirla, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, lo mismo que con la puerca.

Eso quería decir que Ben se había asegurado de que nadie podría ayudarla.

Sí, ella era una prisionera.

Acongojada, se sentó en el borde de la cama.

¿Dónde estaba Jean? ¿Por qué no había intentado buscarla?

¿O quizá él ya había perdido todo el interés por ella y por lo que

le pudiese pasar?

De repente, oyó un aullido.

Parecía llegar de la parte superior de la casa y miró hacia el techo.

—¿Qué pasa ahí? —gritó.

Ya no volvió a oír nada.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué significaba aquel aullido? Era un hombre el que lo había emitido. ¿Y cuántos hombres había en la casa? Ben Cavanagh y Chester, el mayordomo de mejillas chupadas.

Estaba cada vez más nerviosa.

Sacó el paquete de cigarrillos que había comprado al barman del hotel. ¿Cómo se llamaba? Oh, sí, Dennis, un chico muy simpático... ¿Qué le había dicho?

«Lo sabes perfectamente, Colette. Él dijo que los vivos sustituían a los muertos para sacar una ventaja. Poco más o menos, fue eso. Y también te advirtió que tuvieses cuidado. Debiste dejarlo... Sí, en esos momentos ya sabías que lo de Ben Cavanagh había sido un espejismo, que no le querías, que no estabas enamorada de él... Confíésalo, Colette, a quien quieres es a Jean... Pensaste durante mucho tiempo en Jean, pero creías que era un hombre muy lejano a ti, al que ya no podrías alcanzar nunca. Pero, de pronto, todo cambió con su llamada telefónica, cuando te dijo que te esperaba en el bar para tomar una copa...».

Encendió el cigarrillo. ¿Por qué pensaba: en eso ahora precisamente?

Jean seguía estando muy lejos, pero de todas formas, no se iba a casar con Ben Cavanagh. No, no cometería ese error.

Regresaría a París y continuaría su vida, tal como la vivía antes de que tomase aquel avión que la había transportado a Londres.

«No, no volveré a Londres. Por mí se pueden quedar con su puré de guisantes. Que lo cocinen bien y que se lo coman. La niebla de París es muy distinta». Tuvo la sensación de que había alguien detrás y se volvió.

Creyó que la sangre se le helaba en las venas.

Se había abierto una puerta secreta en la pared y en el hueco vio a una mujer que ya conocía.

Era Sarah con su bello rostro, su vestido vaporoso, y también con su cuchillo en la mano.

—Sarah... —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Ella movió los labios.

—Tenía que venir. Era mi deber...

—¿Para qué?

—He de matarte.

—Oh, no, no hace falta que me mate. Soy una estupenda chica, se lo juro, una chica de bonísima familia...

—Has venido aquí... a usurpar un puesto que no te pertenecía...

—Te voy a dar una sorpresa, Sarah... Ya no me caso con Ben. Lo he decidido... No le quiero, ¿lo oyes? Te lo dejo, señora Cavanagh... Tienes derecho a Ben porque para eso eres su esposa... Y para que estés tranquila, te apuesto a que olvido a Ben en un par de días... Si me ayudas, me marcharé de aquí sin despedirme de él...

—No te puedes despedir de él... Está muerto.

—¿Eh?

Colette miró el cuchillo y entonces se dio cuenta de que la hoja estaba ensangrentada.

Comprendió de golpe el significado de aquel aullido.

Había sido Ben, y la razón resultaba también evidente. Sarah lo había apuñalado.

La mujer del vestido vaporoso se puso en movimiento y penetró en la estancia.

—Eh, espera un momento, Sarah. ¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho.

—Pero oye, no necesitas despacharme... Tú misma acabas de decir que Ben ya no existe y no tiene sentido que peleemos... También te hago cesión del cadáver... Todo para ti. Palabra de honor que ni siquiera asistiré a las exequias... Yo estaré muy lejos, en París.

Sarah seguía avanzando como hipnotizada y Colette retrocedía.

Por la puerta donde había aparecido la joven con el cuchillo, entró Vivien.

—Señorita Jourdan, será mejor que no corra —dijo con voz ronca—. Ben no sufrió y usted tampoco sufrirá... Priscilla acabará pronto con usted si no se mueve mucho. —¿Priscilla?

—La hermana de Sarah Coward.

—¿Hermanas gemelas?

—Sí.

—Y, además, Priscilla está loca. Creo que lo voy entendiendo todo... Vivien, detenga a Priscilla o creeré que usted está más loca que ella.

—Usted se lo buscó cuando vino aquí, señorita Jourdan.

—Pero, si no he hecho otra cosa que intentar marcharme.

—Lo ha decidido demasiado tarde. Priscilla intentó echarle y yo también quise apartarla de Ben Cavanagh. Pero usted no escuchó a ninguna de las dos, y ahora debe atenerse a las consecuencias.

Colette había llegado hasta la pared. Corrió hacia la derecha.

Vivien fue tras ella.

—¿Qué va a hacer, Vivien?

—Sujetarla, como hice con Ben Cavanagh, para que Priscilla la pueda acuchillar.

—¡No...! ¡No hará tal cosa...! ¡Usted es un ser humano...! ¡Ha de tener sentimientos!

¡No puede matarme!

Vivien ya se le echaba encima. Trató de burlarla, pero Vivien le hizo la zancadilla.

Colette cayó al suelo soltando un grito.

Vivien la sujetó por detrás atrapándola por los brazos y el cabello.

—Ven aquí, Priscilla, rápido...

Colette trató de levantarse, pero Vivien le puso una de sus huesudas rodillas en la espalda.

En aquella posición, vio cómo los pies de Priscilla se acercaban a ella.

Alzó los ojos y se sintió presa de terror, al ver la cara de Priscilla, la boca llena de espumarajos, el brazo armado con el cuchillo.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

Vivien dio un chillido.

—¡Cuidado, Priscilla!

Jean Savage pegó un puñetazo en la cara de Priscilla y la joven se desplomó en el suelo.

Luego, Jean, como una furia, cayó sobre Vivien.

Los dos rodaron por la alfombra, pero Vivien logró atrapar el cuello varonil.

Jean quedó asombrado al ver la fuerza que la huesuda tenía en sus manos. Sí, tenía tanta fuerza que lo estaba ahogando.

Pero entonces intervinieron otras personas. Los agentes que habían acompañado a Jean.

Se necesitaron dos para apartar a Vivien de Jean.

El periodista, tambaleándose, se acercó a Colette, que estaba apoyada en la pared.

—¿Cómo estás, querida?

Fue entonces cuando Colette se desmayó.

* * *

Colette estaba envuelta en la niebla, mirando al agua del río.

De repente, una mano se posó en su hombro.

Se volvió lanzando un grito.

Era Jean Savage. Había ido a comprar un paquete de cigarrillos. —Cariño, ya no estás en Londres. Esto es París, el Sena—. Sí, pero aquí también hay niebla.

—¿No ves la diferencia? Ésta es una niebla romántica.

—Prefiero la atmósfera despejada...

—He oído el parte meteorológico y dicen que mañana tendremos un día magnífico.

Justo el día que necesitamos para casarnos.

Ella dio un suspiro.

—Bueno, he de hacerte una confesión, Jean... ¡Me casaría contigo aunque hiciese ventisca!

Los dos se echaron a reír, y, luego, Jean, rodeando con sus brazos a Colette, la besó en los labios.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).